

---

revista de la **U**niversidad de méxico

---

**luz jiménez:**

**memoria de milpa alta**

**dibujos de alberto beltrán**

**salvador novo:**

**biblioteca**

**emmanuel carballo:**

**gabriel garcía márquez**

**carlos monsiuáis:**

**diálogo con octavio paz**

**ho-chi-minh/lyndon b. johnson:**

**cartas cruzadas**

**textos de juan comas**

**francisco monterde,**

**joris ivens**

**roger von gunten**



- 1 Memoria de Milpa Alta, por Luz Jiménez
- 9 Biblioteca, por Salvador Novo
- 10 Gabriel García Márquez, un gran novelista latinoamericano,  
por Emmanuel Carballo
- 11 Octavio Paz en diálogo, por Carlos Monsiváis
- 17 Dos documentos para la historia de la prehistoria, por Juan Comas
- 21 Ho-Chi-Minh/Lyndon B. Johnson: Cartas cruzadas
- 24 Algunas semanas bajo tierra con los campesinos vietnamitas,  
por Joris Ivens
- 26 Rubén Darío y Amado Nervo, por Francisco Monterde
- 28 Libros, por Beatriz Bueno, Iván Restrepo Fernández, Elías Condal
- 33 Te hablo de este silencio, por Fernando Sánchez Mayáns
- 34 Wolfgang Paalen, por André Breton

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Ingeniero Javier Barros Sierra / Secretario general: Licenciado Fernando Solana

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organó de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Gastón García Cantú

---

Torre de la Rectoría, 10º piso,  
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.  
Teléfonos: 48-65-00, ext. 123 y 124

Franquicia Postal por acuerdo presidencial  
del 10 de octubre de 1945, publicado  
en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar: \$ 5.00  
Suscripción anual: \$ 50.00 Extranjero: Dls. 7.00

Administración: Ofelia Saldaña

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.  
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.  
Financiera Nacional Azucarera, S. A.  
Ingenieros Civiles Asociados, S. A. [ICA]  
Nacional Financiera, S. A.  
Banco de México, S. A.

Luz Jiménez

# MEMORIA DE MILPA ALTA

Traducción del náhuatl, por Fernando Horcasitas

Dibujos de Alberto Beltrán

## Advertencia

Se ha escrito mucho sobre la historia de México entre 1900 y 1920 —obras que analizan aspectos históricos, económicos, políticos y sociales. Sin embargo es de advertirse que nunca se ha publicado un relato autobiográfico en lengua nativa de un indígena que haya vivido en esa época. Nuestra ambición es que este ensayo sea seguido por otros provenientes de otras culturas además de la náhuatl. ¿Cómo afectó la revolución al pueblo otomí, escondido entre los nopales y mezquites del desierto del Mezquital? ¿Qué pensó el indio maya durante el sacudimiento social y político de la península después de 1910? ¿Qué supo el tarahumara de Madero, de Villa y de Pershing? Los yaquis que vinieron con el movimiento carrancista, ¿qué tendrían que contar sobre el sur de la República? Todas estas preguntas no quedarán contestadas de manera satisfactoria hasta que tengamos relatos tomados directamente del informante indígena.

Se puede decir que este ensayo es un llamado a los lingüistas e historiadores mexicanos. Si dejamos pasar unos cuantos años más, los datos que buscamos habrán desaparecido para siempre. El hombre que tenía veinte años en 1910 hoy día tiene setenta y siete. Si no nos apresuramos, nunca llegaremos a conocer las distintas reacciones de los grupos indígenas en cuanto a los eventos de la primera veintena de este siglo.

Milpa Alta, el antiguo Momochco Malacatépec, es un pueblo situado en la zona más meridional del Distrito Federal, apenas a unos treinta kilómetros del Zócalo, plaza principal de la capital mexicana. Su posición geográfica y cultural es curiosa. Al norte se encuentra la ciudad de México, una de las grandes metrópolis del mundo, modernísima, con reflejos de París, Madrid y Nueva York. De México hacia el sur hay un cambio brusco cuando llegamos a las Chinampas, la Venecia Americana, donde el re-

mero todavía conduce su canoa llena de flores y legumbres a los mercados de Xochimilco, Tláhuac, Mízquic, Tulyehualco y otras aldeas chinampanecas. De aquí en adelante comenzamos a subir sobre una inmensa mole de piedra volcánica en la cual se destacan los cráteres del Teuhtli, Cuauhtzin, Chichinauhtzin y la cordillera del Ajusco. Enclavada entre el Teuhtli y el Cuauhtzin se encuentra Milpa Alta. Seguimos subiendo a cumbres elevadas hasta que nos encontramos en la tierra fría, entre bosques de pinos, ocotes y cedros. Desde estos picos se extiende nuestra vista hacia el sur. El horizonte abarca la tierra caliente; allí están Tepoztlán, Cuernavaca, Cuautla y a lo lejos, las montañas del estado de Guerrero.

Todos estos cuatro mundos —la ciudad cosmopolita, las aldeas lacustres, la zona montañosa de los cráteres y la tierra caliente— aparecerán en nuestra historia.

Debido a su posición geográfica especial, Milpa Alta tuvo un papel extraordinario en la revolución de 1910. Sufrió de manera exagerada las contiendas sanguinarias entre el zapatismo y los gobiernos y partidos que dominaron a la ciudad de México. En estas páginas quedan las sombras de Porfirio Díaz, de Justo Sierra, de Emiliano Zapata y de miles de guerreros muertos, desde los nahuas de Morelos y Guerrero hasta los yaquis de Sonora.

Durante varios años, después de 1916, el pueblo de que tratamos quedó totalmente abandonado. Las casas fueron destruidas, los habitantes murieron o huyeron, las yerbas cubrieron las calles y, según nuestra informante, hasta un par de ánimas errantes llegó a vivir en las ruinas de un pueblo que había conocido la vida y la muerte.

Una de las sobrevivientes de la catástrofe que arrasó a Milpa Alta en 1916 fue una indígena llamada Luz Jiménez. Tuve la suerte de conocer a doña Luz en casa del antropólogo y mexicano Roberto H. Barlow, en 1948, donde ella dictaba una serie de textos en náhuatl. Hoy día se conservan varios textos en el Archivo Barlow de la Universidad de las Américas, en la ciudad de México. Después de esta fecha fue mi fiel informante durante muchos años para mi curso de náhuatl en dicha institución.

Doña Luz Jiménez nació en el pueblo de Milpa Alta durante la última década del siglo XIX, y antes de los diez años anhelaba ir a la escuela. Después, como veremos, sintió un interés vivo en convertirse en profesora titulada de "futuras generaciones de maestros, sacerdotes y licenciados". Ésta fue su gran ambición, que nunca se realizó.

Su casa, su iglesia y —ante todo— su escuela quedaron grabadas en su memoria con cariño y gratitud. Fue casada y tuvo hijos, pero poco habló de su vida matrimonial. En cambio se refirió mucho a su madre, la cual murió en Milpa Alta en 1960, a los ciento dos años.

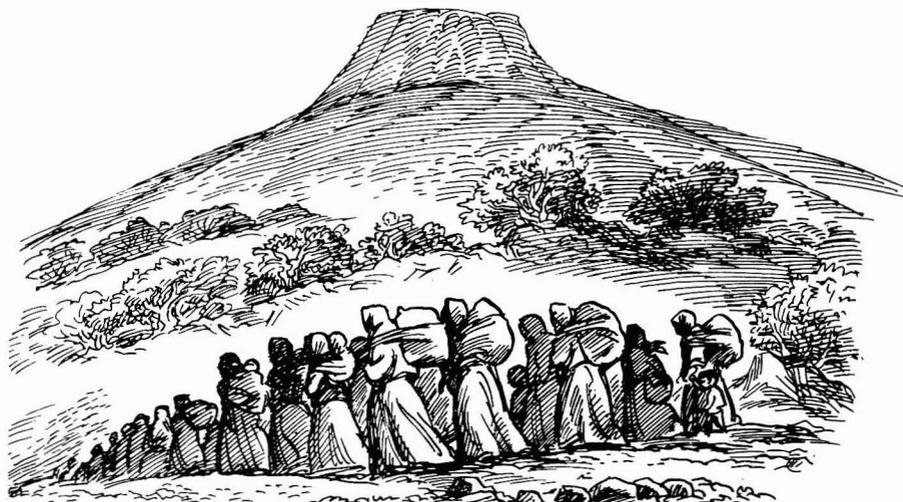
Entre 1911 y 1916 la familia de doña Luz sufrió las vicisitudes de la guerra entre la capital y el estado de Morelos, cuando su



Luz Jiménez pintada por Diego Rivera.

Palacio Nacional.

u1



pueblo mesoamericano se vio invadido por las fuerzas del norte. Vio los cadáveres de su padre y de casi todos sus parientes varones frente a la parroquia en la hecatombe de 1915; presenció los intentos de profanación contra "Nuestra Madrecita", la patrona del pueblo, y contra el terrible San Mateo. Y, por fin, fue parte del éxodo nocturno hacia México cuando quedó abandonado el pueblo. Su familia volvió después de la muerte de Zapata, por 1919.

Durante el renacimiento de la pintura mural mexicana, por 1930, doña Luz sirvió de modelo a varios famosos artistas, Diego Rivera y Charlot entre ellos. Su imagen quedó grabada en los muros de la Secretaría de Educación, del anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria y del Palacio Nacional.

Pasó sus últimos cinco años en la ciudad de México con su hija y sus nietos, aunque conservaba su antigua casa de Milpa Alta. Murió accidentalmente en la ciudad de México en 1965 y fue enterrada en el Panteón de Iztapalapa. En algunos aspectos nuestro trabajo ha quedado trunco por su sentida desaparición.

Hace tres años concebí la idea de que doña Luz me dedicara varias horas de su semana a relatarme sus recuerdos en idioma náhuatl. Son estos relatos los que forman este libro, que se hizo posible gracias al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Fue doña Luz una persona dulce, sencilla, paciente con los "caxtilantlacame" (los no-indígenas) que luchaban por aprender su idioma. Nunca fue exaltada en opiniones personales, a pesar de lo cruento de su historia. Fue poco especulativa en cuanto a raíces históricas y a fechas. Hablaba igualmente bien el mexicano y el español. Todas sus narraciones daban señales de fidelidad, ya que nunca hallé incongruencias serias entre una entrevista y otra.

Curiosamente los héroes de doña Luz son Porfirio Díaz, Justo Sierra y Emiliano Zapata. Nunca conoció a los primeros dos, pero sí al tercero. Porfirio Díaz fue "nuestro padrecito en México", el que le había dado la forma "correcta" de vivir al pueblo, inaugurando una era desconocida hasta entonces. Justo Sierra era símbolo de su futura misión como educadora. Gracias a él aprendió a leer y escribir. Emiliano Zapata era "el único de los revolucionarios que buscaba el bien de la gente humilde", "el primero que nos vino a hablar en nuestro idioma mexicano". Por disímbolos que parezcan estos tres, si cada uno de nosotros hiciera la lista de nuestros tres héroes, tal vez resultara el trío aun más fantástico que el de doña Luz.

Antes y después de nuestras entrevistas, doña Luz solía hacer comentarios en español sobre el tema o episodio que relataba. Debido a su muerte prematura no fue posible transcribirlos en náhuatl. Así es que aparecen en la traducción española entre corchetes con puntos intermedios [...]. F. H.

---

[Fragmentos de la introducción al libro que próximamente publicará el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. El título es de la redacción.]

## El pueblo que yo recuerdo

Allá en mi casa, en Milpa Alta, los hombres trabajaban y las mujeres hacen tortillas, hacen comida. Así es que cuando llega el hombre y tiene hambre, toda la comida lo está esperando. Así es como viven los de mi pueblo.

Mientras los hombres van a trabajar, también las mujeres se van a comprar a la plaza, adonde se vende carne, frijoles, maíz —todo lo necesario—, leña, carbón, fruta; todo lo que se les ofrece a las mujeres en casa. Cuando vuelven las mujeres de la plaza ponen la comida en la lumbre y se cuece. Traen el agua en unos jarros grandes o en botes, y si ya llegó el marido corre la mujer a comprar el pulque.

Así es que, maestro, le voy a contar unas palabras acerca de mi pueblo y de mi vida.

Momochco Malacatetipac mi pueblo, se llama Milpa Alta en español, o la Asunción Milpa Alta, y está entre los cerros del Cuauhtzin y del Teuhtli. . .

## El Teuhtli y el Iztaccíhuatl

Se cuentan cosas sobre el Cerro del Teuhtli y sobre todos los cerros que nos rodean allá en el pueblo de Milpa Alta. Nos contaban nuestros abuelos que el Teuhtli, hablando de cerros, era el más importante. Allí se formaban los grandes hombres, maravillosos: los curanderos, que se dicen, que se llaman sabios. Cuando alguien se enferma, se dice "Vamos a limpiarnos con yerbas o con huevos." Allí van a arrojar los huevos o yerbas, con la piedra que se llama jade; allá donde está el Teuhtli.

Y todos estos cerros se comunican unos con otros hasta Cuernavaca. Hay un camino debajo del Teuhtli y va a llegar hasta Cuernavaca. Allí hay otro gran sabio: el gran señor Tepozteco, el que está al otro lado, junto a tierras de Tepoztlán. Este señor también es un gran sabio. Mucha gente de Milpa Alta va a vender leña a Tepoztlán. Luego vuelven; allá están con el gran sabio: el Tepozteco.

Luego está el Popocatepetl; también es un gran señor. Allí está durmiendo y su esposa está a sus pies. Se llama la "Mujer Blanca" o "Mariquita".

Cuentan que a esta Mujer Blanca la mandaban a cuidar borregos; cuidaba toros, borregos, caballos. Servía de pastora. Era mujer noble, buena muchacha, maravillosa, bella; la carita de esta muchacha era preciosa.

Este señor, el Popocatepetl, le propuso matrimonio. Pero luego dijo la Mujer Blanca, "Ni tú, ni nadie; me voy a dormir. Tú me cuidarás." Y parece que se quedó dormida. Se acostó la Doncella Montaña a dormir y el Monte de Humo la está cuidando.

Cuando se dieron cuenta ya estaba allí un sacerdote.

"¡Mariquita, Mariquita!" dice el sacerdote, "¡Levántate, levántate! ¿Qué haces? ¿Por qué estás dormida?"

"Yo no me he de levantar", contestó Mariquita. "Aquí es mi

casa. Ahora levántenme si son tan fuertes. Mi marido, este gran señor, quiso que aquí me quedara dormida y aquí dormiré. Cuidaré todas las tierras. Desde aquí tendré cuidado de lo que beben, de lo que han de comer y todos se tendrán que encontrar con el Teutli. Por allí están todos los borregueros, los que me cuidaron y ahora cuidan a los borregos. Cuando comienza a venir la lluvia, cuando viene el granizo, a estos borregos se les llama "borregos sabios".

### La escuela

Por esos tiempos casi nadie quería mandar a sus hijos a la escuela porque no podían vestir bien. Vivían sucios en sus casas, andrajosos; andaban jugando los niños por la calle o andaban por las milpas.

En una casa había una buena señorita que sabía leer, leer papeles. Enseñaba en su casa. Los padres querían que se les enseñara a leer a sus hijos; pagaban un real por cada niño o niña que estudiaba.

Se llamaba Mariquita; su marido se llamaba Mauro Melo. También enseñaba a los niños. En esa escuela fue donde aprendí a conocer una, dos, tres letras y también a escribir y a leer.

Mi madre después me platicó cómo yo lloraba porque quería entrar a la escuela; todavía no había muchos profesores.

Mi madre me tomaba de la mano e íbamos a la plaza. Pero, como pasábamos frente a la casa de la profesora veíamos cómo

jugaban los niños o a veces estudiaban. Yo lloraba; quería entrar para estudiar también. Lloraba mucho porque quería saber lo que decían los papeles, los escritos. No era yo grande; tenía siete años. Mi madre no quería que yo fuera a la escuela porque era chica y me fueran a tirar al suelo los niños. Pero mi padre y mi madre, como lloraba, no tardaron en llevarme con la señorita que daba clases.

Cuando ya era grandecita mis padres me llevaron a la escuela grande. No querían recibirme para instruirme.

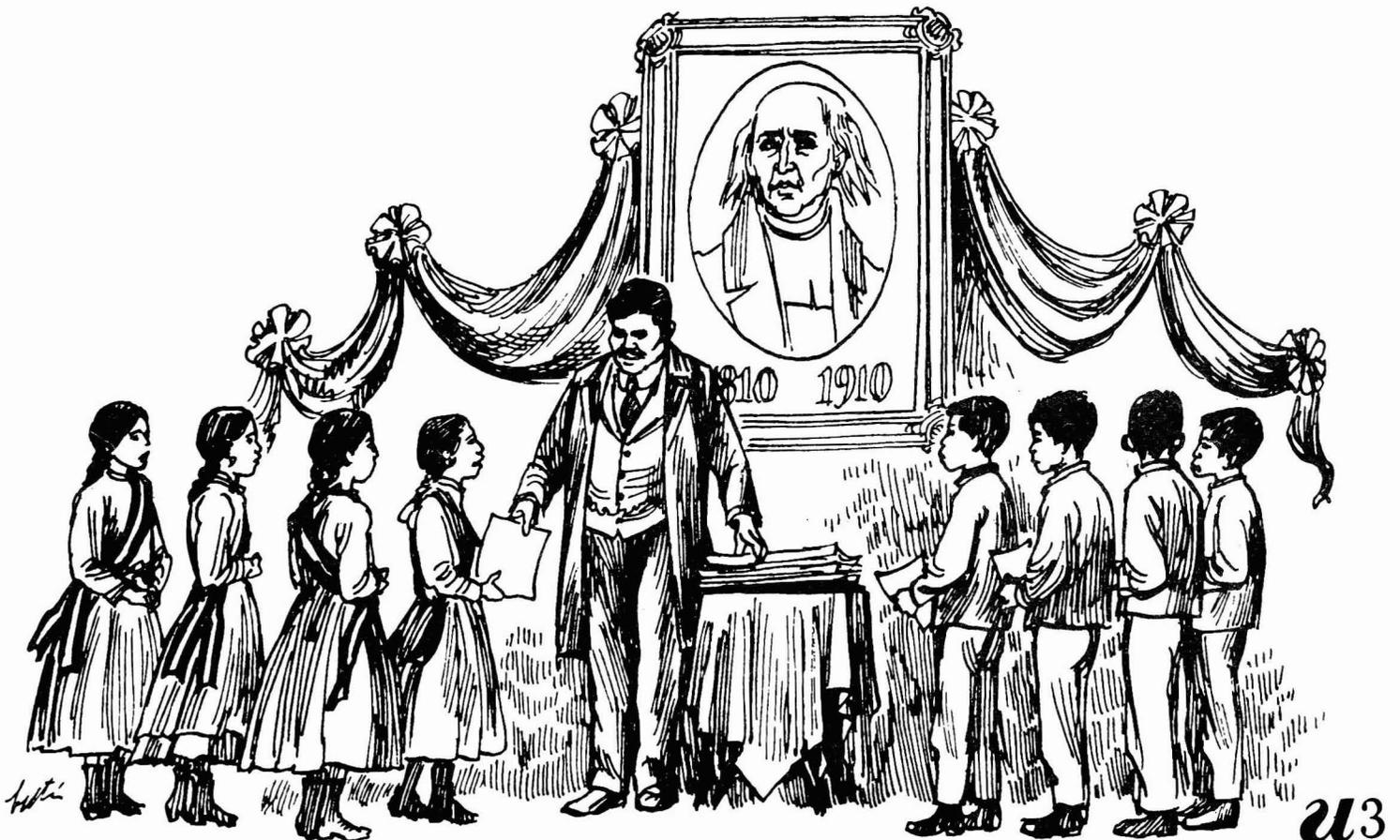
"A esta pequeña niña", dijo el inspector, "llévenla a su casa y en un año me la traen. Entonces ya la recibiremos; que crezca más. Si no, estará llorando aquí."

"Buen señor", le dijo mi madre al inspector, "le suplico mucho que se quede mi niña. Le gusta mucho aprender. Ya conoce algunas letras."

"¿Cómo va a saber?", dijo el inspector. "Si todavía está muy pequeña; todavía no es grande. Ustedes quieren que reciba a su hija. Oigan: si recibimos a su hija, la dejarán ustedes aquí a las ocho. Tocarán la campana y tendrá que estar adentro o donde estén todas las niñas; y vendrán ustedes por ella a mediodía. Otra vez vendrá a las dos y media. No piensen que sólo en la mañana va a estudiar. ¿Qué dicen? ¿Aceptan o no?"

Mi padre y mi madre dijeron que así se haría. "Vendremos a dejarla temprano y vendremos por ella para que coma, y luego vendrá a estudiar en la tarde."

"¿Cuánto se va a pagar?" preguntaron mis padres.





“Nada”, contestó el inspector. “No pagarán las criaturas para que se les enseñe.”

Luego preguntaron “¿Qué traeremos para que escriba, qué libro, qué más pide usted que traiga mi hija mañana?”

Así contestó el inspector, “No, no se pagará nada. Si es cierto que tiene tantas ganas de aprender, aquí le daremos papel y todo lo que necesite. Aquí le enseñaremos a leer; en la tarde le enseñaremos a coser, a cortar y muchas otras cosas curiosas. Eso sí, que venga limpia su ropa, su cabeza. Que no traiga animalitos y que traiga zapatos; que no venga descalza. Así aprenderán a vivir bien cuando sean grandes.”

Pasó el año y pasé a lo que se llama segundo año de enseñanza.

Así es cómo me dieron instrucciones mis padres.

Por el año llamado de 1908 entré a la escuela llamada Concepción Arenal de Milpa Alta [que estaba en una casa del pueblo]. Allí vivían en el primer piso el director y el inspector. El director se llamaba Lucio Tapia y el inspector se apellidaba Guzmán.

Abrían temprano la escuela. Cuando comencé a estudiar los maestros llegaban allá a Milpa Alta como a las nueve o nueve y media de la mañana. Poco tiempo después se decidió que, ya que este plantel era grande, se les arreglaran cuartos donde pudieran vivir los maestros. Cada uno tenía su cuarto.

Ya para entonces todos los niños tenían que estar frente a la escuela como a las siete y media de la mañana, cuando sonaba la campana. Entonces los niños corrían todos para tomar su lugar.

Para entonces los padres estaban contentos y decían, “Así muy pronto llegarán los niños. Si aprenden bien, buenos hijos saldrán de esta escuela.”

Y se decían los padres, “¿No querrá usted que su hijo o su hija enseñe aquí también?”

“¿Cómo no!” decían, “¡me gustaría!”

Estudiábamos dos veces al día y la que no llevara sus zapatos brillosos, sin bañarse, o sin peinar, la mandaban a la escuela de los muchachos. Allí les lavaban los pies, las peinaban y le hacían brillar los zapatos con lo que llamaban “bola”. Con un trapo los brillaban hasta que estuvieran brillantes. Así es como nos enseñaron a vivir correctamente. Daba vergüenza que los muchachos le peinaran y lavaran a una la cabeza. Las llevaban a la escuela de Concepción Arenal otra vez.

Era el año de 1908 y así nos enseñaban a vivir bien.

Allí en Milpa Alta no había agua. Iban algunas personas a lavar a Nochcalco. También iban a lavar a San Gregorio Atlapulco: otros a Tecómitl. Así es como nos tenían limpios. El padre se levantaba como a las cuatro de la mañana y con un caballo y un cuero, se iba a traer el agua allá a Nochcalco. Esa agua era para tomar y para cocinar. Así se resolvieron los trabajos.

De nuestras maestras, ninguna quería quedarse a residir en Milpa Alta. No había casas qué rentarles: no había pan. Ni

quién sirviera [de criado]. Ninguno de los maestros se quería quedar. Así es que, tal como se había pensado, alquilaron casas. Para entonces comenzaron a quedarse en Milpa Alta [los maestros].

Decidieron el prefecto y el inspector apresar a todos los hombres, tuvieran hijos o no. Los hombres tendrían que estar encerrados para que los interrogaran y ellos contestaran con toda sinceridad. Les preguntaban si iban a enviar a sus hijos a la escuela. El que contestaba que sí mandaría a sus hijos a la escuela lo soltaban. Y al que decía que no tenía hijos lo encerraban un mes. Y les preguntaban, “¿Cuántos niños tienen ustedes? ¿Los van a mandar a la escuela?” Algunos respondían “No tengo hijos; sólo hermanos y hermanas.” “¡Pues dile a tu padre que los mande a la escuela! ¡No tendrán que pagar nada!”

En esa época era Secretario de Educación el señor Justo Sierra. Daba libros para que estudiaran los niños y papel para que escribieran. No se compraba nada [para la escuela en esos tiempos]; todo lo daban en la escuela y sólo exigían que fueran limpios los niños. Los de primer año, segundo, tercero y cuarto sólo aprendían a contar y cantar. Los de quinto y sexto estudiábamos en libros, y si eran niñas se les enseñaba a cortar, bordar ropa bonita en la máquina. También nos enseñaban a dibujar en papel. Nuestros maestros también nos enseñaban a hacer pan.

### El centenario

Había zapateros en Milpa Alta. Uno era del barrio de San Mateo; el otro nació en San Juan Iztayopan, pero se casó con una buena muchacha, de San Mateo también. Todo lo sabían hacer. Estos señores hacían zapatos y no cobraban caro. Avisaban para que dentro de una semana fueran a recoger los zapatos. Eran preciosos zapatos; ahora les dicen choclos. También había otros zapatos bonitos: llevaban botones desde abajo hasta arriba. También había otros que adornaban. En mexicano les decían *zayoltoton* de *tepoztlí* (mosquitas de metal) y también llevaban botones desde abajo hasta arriba. También había botas con agujetas se veían muy hermosas.

Estos zapateros trabajaron mucho porque tuvieron que servir a los pequeñitos y a sus padres, que ya se habían enseñado a obedecer. Empezaron los zapateros a hacerlos desde el mes de mayo y para cuando llegó el día dieciséis de septiembre todos los niños ya tenían sus zapatitos. Así nadie iría a la escuela ese día sin zapatos. Toda la gente estaba asustada porque si no obedecían los padres serían apresados por un mes o pagarían mucho dinero en la prefectura. Por esto todos se preocuparon por calzar a sus hijos.

“Este día”, dijo el inspector a los padres y a los niños, “recordarán ustedes que se cumple el siglo que ya no somos esclavos de los blancos que se llamaban españoles. Cuentan nuestros abuelos que los blancos calentaban fierros y quemaban a los indios o mexicanos. Por lo mismo quiero que ustedes y todos los niños recuerden en sus corazones lo que sufrieron nuestros abuelos. Mu-



cho significa el dieciséis de septiembre. ¡Se cumple un siglo que terminó la guerra!”

“Por eso queremos que los pequeños aprendan una canción muy hermosa la cual ha de agrardarles el corazón ese día. Por eso queremos que vengan las niñas vestidas de blanco y que lleven terciado un listón de los colores de la bandera. Los jovencitos traerán pantalones blancos y camisas blancas también. En el brazo traerán un listón como la bandera. Y cantarán la canción. ¡Porque ése es el día en que cumple México cien años!”

“También nuestro padre el presidente Porfirio Díaz y el gran señor Justo Sierra nos van a obsequiar medallas que lleven escrito ‘El Centenario’.”

“Todos tendrán que estudiar la canción dos o tres meses. Les suplico mucho que nadie falte ni un solo día. Así resultará bien la canción. Nadie se equivocará, nadie cometerá una falta, y saldrá bien la canción.”

Luego llegó el día en que los niños platicaban en la escuela:

“¿Ya te terminaron los zapatos?”

“Ya están allá mis zapatos.”

Gritaban todos los niños y nosotras también, “¡Ya están nuestros vestidos, zapatos y medias!”

Todos nuestros padres se prepararon. “Ya no nos falta nada; ya viene el dieciséis de septiembre.”

Se acordaban los niños de lo que les habían dicho a sus padres: “¡Si no obedecen, los apresaremos!”

“Ya nomás faltan ocho días para vestirnos de ropa nueva. ¡Todo, todo nuevo! No va a haber nada roto ni harapiiento. Y todavía nos falta lo que nos van a regalar en la escuela.”

Llegó también la ropa que mandó Justo Sierra en un carro. Tenían escritos los nombres de los niños pobres en un papel y lo que les iban a regalar. Cuando llegó el día les dieron sus camisas y vestidos.

En México el buen señor Presidente y el Secretario tal vez pensaban que nadie iba a obedecer y mandaron ropa y zapatos. Muchos niños ya no necesitaban ropa de la que mandó el Secretario, ya que casi todos los padres habían obedecido.

Yo, Luz, estaba en el año cinco de estudios, el que ahora llaman “quinto año”. Me regalaron mis zapatos, vestido y blusa porque mis padres también eran muy pobres.

Llegó el dieciséis de septiembre. Llegaron los niños a la escuela. Todos los jovencitos y doncellas llegaron a la escuela con los zapatos que les rechinaban. Y llegó la ropa que les iban a dar a los hijos de los pobres. El día dieciséis todo el pueblo rodeó la bandera y delante de la bandera cantaron los niños. Y entonces repartieron diplomas a los que habían pasado de año.

Y como ya estaban escritos sus nombres, el inspector tomó el papel y fue llamando el nombre de la niña o del niño. Subían en una plataforma de madera. Subían y se les seguía nombrando. Subían los niños; de cuatro en cuatro tenían que subir y bajar por el otro lado. De nuevo volvían a nombrar niños y niñas. Subían a la plataforma y les daban su ropa, tal como estaba escrito en el papel.

A muchos les dieron zapatos, es decir, a los que no traían zapatos. Allí les pusieron sus zapatos. Y si les tenían que dar ropa, también los vestían.

Como se vio que había muchos niños que rodeaban la escuela de Milpa Alta, bajaron los escolares desde Topilejo, San Pablo Oztotepec, San Pedro Atocpan, Santa Ana Tlacotenco, San Lorenzo Tlacoyuca, San Francisco Tecozpa, San Jerónimo Miactlan y San Juan Tepeñahuac. Todas estas criaturas hacían gran alboroto en Milpa Alta.

Ya para entonces los grandes señores no les ponían la ropa a los niños sólo [les daban] lo que les tocaba: sus faldas, sus camisas y sus zapatos. Pero como eran muchos los niños pensaron el inspector y las autoridades ya no tenerlos de pie porque iban a hablar todos los señores y eran discursos largos.

Y se dijo:

“¡Bandera de México, oh bandera! Bandera verde, blanca y roja. ¡Bandera de México!”

En este día, en este mes y en este año cumples cien años.

Ellos, los indios, recuerdan la sangre que se regó hace un siglo, cuando nuestro padre Hidalgo nos libertó de las plantas de los españoles o gente de piel blanca.

Te damos todo nuestro corazón para seguir juntos para siempre y te rodearemos como a una amante y pura madre para que México gane las victorias y para que nadie nos venga a pisotear”...

### Los hombres del sur

No tronó el cielo para avisarnos que venía la tempestad. No sabíamos de la tormenta ni de los malvados hombres.

Un día se oyeron balazos entre el Teuhtli y el Cuauhtzin. Se nos dijo que eran los federales que peleaban contra los hombres de Morelos. Se oían los balazos. Era la primera vez que escuchábamos esto y todo Milpa Alta temblaba.

Iba llegando más gente de Morelos; se decía que iban hacia Xochimilco. No sé por qué estaban contra el presidente Porfirio Díaz.

Estos hombres de Cuernavaca y Tepoztlán hablaban nuestro idioma. Eran campesinos y no sabíamos por qué los federales les tenían miedo.

Lo primero que supimos de la revolución fue que un día llegó [un gran señor Zapata de Morelos. Y se distinguía por su buen traje. Traía sombrero ancho, polainas y fue el primer gran hombre que nos habló en mexicano]. Cuando entró toda su gente traía ropa blanca: camisa blanca, calzón blanco y huaraches. Todos estos hombres hablaban el mexicano [casi igual que nosotros]. También el señor Zapata hablaba el mexicano. Cuando todos estos hombres entraron a Milpa Alta se entendía lo que decían. Estos zapatistas traían sus sombreros; cada uno traía el santo que más amaba en su sombrero, para que lo cuidara. Venían todos con un santo, en el sombrero.

El señor Zapata se puso al frente de sus hombres y así le habló



a toda la gente de Milpa Alta, “¡Júntense conmigo! Yo me levanté; me levanté en armas y traigo a mis paisanos. Porque ya no queremos que nuestro padre Díaz nos cuide. Queremos un presidente mucho mejor. Levántense con nosotros porque no nos gusta lo que nos pagan los ricos. No nos basta para comer ni para vestirnos. También quiero que toda la gente tenga su terreno: así lo sembrará y cosechará maíz, frijolitos y otras semillas. ¿Qué dicen ustedes? ¿Se juntan con nosotros?”

No hubo quien contestara. Y pasaron los días. Establecieron el cuartel de Zapata y de Everardo González. Este señor se quedó aquí a cuidar a Milpa Alta.

Así era recibido el general Zapata. Hacían que todos los del pueblo fueran a encontrar al general. Iban muchos hombres y mujeres con flores y una banda para que tocara y tronaban los cohetes cuando entraba y se tocaba la diana.

Pasaron así varios meses y nuestro padre Porfirio Díaz y el secretario Justo Sierra no se preocupaban porque viniera la revolución. Sólo sentían cariño por todos los mexicanos. Donde había cuatro niños se les regalaba ropa. Y si era mujercita le daban su blusa y su falda; y si era niño le daban camisa y pantalón.

Tal vez pensaban los señores Díaz y Sierra, “Así se darán cuenta los padres y las madres cómo educar a sus hijos y así mandarlos a la escuela.”

Se volvió una realidad lo que pensaron los buenos señores; así obedeció toda la gente.

Ya también se anunciaba que por Chihuahua se estaban levantando Madero, Carranza y Obregón. Por el sur, digamos por Cuernavaca, también se anunciaba otra revolución. No se sabía quién la encabezaba.

### El lugarteniente de Zapata

Este señor Everardo, el general de Zapata, diremos, mandaba a todo el pueblo para que todos regalaran tortillas, agua y comida para los animales. Y tenía cada barrio que llevarla al cuartel. Todos obedecían. En la mañana, en la tarde, llevaban comida para los zapatistas y para los animales. En estos días se llevaron lejos a don Abraham Monterola. Ya nunca se supo de él, si lo mataron. También a un señor llamado Juan Bastida se lo llevaron. Ya nunca se supo dónde quedaron.

Este señor Everardo llamaba a los hombres ricos y les decía “Tú nos das dinero; si no, te matamos.”

Un señor que era mi tío me platicó de cómo le dijo don Everardo: “Nos darás dinero o te tronchamos la cabeza.” Mi tío contestó: “No tengo dinero porque mi esposa y mis hijos ya subieron para Tepoztlán. Muchos hombres y mujeres se han ido para Tepoztlán y Amantla. Todo el dinero se lo llevaron para poder comer ya que no conocen a nadie allá en Tepoztlán.”

Entonces dijo el señor Everardo: “No te voy a matar porque tú has dicho la verdad.” Y también mi madre fue a suplicarle

a don Everardo que no lo mataran porque tenía muchos hijos. Don Everardo no mató a mi tío Regino. Nomás lo puso a cuidar a un general muerto. No se supo quién lo mató y le fueron a avisar a don Everardo que estaba tirado en el suelo el general. Tenía su reloj de oro. Le dijeron a mi tío, “Si alguien se lo quita, tú morirás.” Y mi tío veló al general muerto.

Un día bajaron los zapatistas y quemaron la prefectura y el juzgado civil y algunas casas. Una de estas casas era de un señor rico llamado Luis Sevilla. Le quemaron su casa; se sentía en el corazón cómo tronaban el maíz, las habas, los frijoles y los animales, que también se asaron en esa casa. Al otro día bajaron los zapatistas al pueblo y agarraron a los hombres para que les fueran a dar de comer a los caballos y para que les dieran agua. Eso es lo que hacían los zapatistas.

Cuando entraron los zapatistas, entraron a matar. Mataban a los ricos porque les pedían mucho dinero y no lo entregaban. Entonces se llevaban a los señores y los mataban por el monte. También se robaban a las doncellas. Se decía que se las llevaban al monte y allí las violaban. Nunca más volvían al lado de sus padres. Desaparecerían en el monte. Nunca se supo si las devoraba algún animal feroz o si las mataban y sepultaban.

### La tempestad

Ya por estos tiempos empezaron a entrar allá en Milpa Alta ciertas personas llamadas otomíes y zapotecos. Las mujeres iban con sus maridos. Los hombres venían con los zapatistas. Hablaban lo que se llamaba otomí y algunas de las mujeres hablaban el zapoteco. A la tortilla le llamaban “chúzcuta”. Se hablaban otros idiomas. Yo no entendía nada de lo que querían decir estas palabras. Cuando andaban los zapatistas se oían lenguas diferentes. Oíamos que platicaban; se hablaban, pero sólo Dios Nuestro Señor sabía lo que decían.

Estas mujeres y sus maridos venían como parte del zapatismo y tenían su trabajo aparte: los hombres y las mujeres se cargaban sus ollas y niños y se subían al monte. Iban a sacar raíz de ocote. Y se puede decir que éstos fueron los que nos enseñaron los usos de la raíz de ocote. Llevaban los hombres sus carabinas porque andaban con Zapata. [Cazaban conejos y las mujeres los iban a vender a México. Eran muy vivos los otomíes para estas cosas.]

También llevaban fruta, chile verde y cebollas. Por esa época la gente de Milpa Alta no se ocupaba mucho del comercio en el mercado. Eran vergonzosos los del pueblo.

Estas mujeres se ponían su camisa, su falda enredada y su *quechquémitl* y se iban a comerciar a la plaza. Con su rebozo hacían como una rueda y se la echaban a la cabeza. Les servía como sombra la rosca del rebozo.

Entonces los zapatistas entraron al pueblo de Amilco. Arrojaron muchas bombas con ametralladoras y así tumbaron dos escuelas. Entonces quedaron sepultados muchos federales cuando cayeron los edificios. Una de estas escuelas se llamaba Con-

cepción Arenal y la de los varones ya no recuerdo cómo se llamaba. En esta escuela quedaron apachurrados muchos federales junto con sus soldaderas [en el mismo salón de clase donde yo había aprendido tanto]

También quemaron mi casa los zapatistas porque yo vivía junto al cuartel de los federales. En esos días los zapatistas mataron a federales como quien deja piedras regadas.

Sucedía que si alguien quería pasar tenía que hacerlo sobre cadáveres. Murió mucha gente del pueblo, ya que disparaban a lo tonto. A una señorita que estaba en el tapanco de su propia casa, allí le tocó el balazo y en seguida murió. Así murieron muchos más.

Ya no quedó ni un federal por las calles. Para entonces los zapatistas se habían posesionado del cerro del Teuhtli. Corrieron los federales hacia San Gregorio y Xochimilco, hasta llegar a Churubusco.

Todavía ni se hablaba de que llegaran los carrancistas.

Yo tenía catorce años y me asusté junto con todo el pueblo



porque se balaceaban mucho los hombres. En el cerro del Teuhtli, en Tijeras y en Ocpayoca se formaban los zapatistas. En el pueblo de Milpa Alta habitaban los federales. Éstos estaban allí y se les decía federales cuando don Porfirio Díaz fue gobernante.

Entonces, desde esos tres cerros, los zapatistas rodearon a los federales. Los correataron por el monte. Unos se fueron hacia San Pedro Oztotepec. Llegaron al cerro llamado el Cuauhtzin. Allí se afilaron muchos zapatistas; estaban escondidos en los cerros. Entonces vieron pasar a los federales. Los zapatistas comenzaron a disparar. Allí se acabaron los federales que eran muchos. Se escaparon tres o cuatro federales. Llegaron a Milpa Alta y ya había llegado el refuerzo de la capital.

Otra vez se oyó en el pueblo que ya se habían reunido los zapatistas. Y entonces se formaron muy temprano para provocar a los federales. Disparaban también; respondían con balazos. Así estuvieron unos tres o cuatro meses. Sólo nos asustaban.

#### Los hombres del norte

[¡Ay maestro, si usted supiera lo que pasó cuando Zapata nos abandonó! El pueblo de Milpa Alta no se lo sabrá perdonar. A la siguiente semana comenzaron a llegar estos hombres, unos traían aretes, otros traían un gran anillo de oro en la nariz. Hablaban castellano, creo, pero casi no les entendíamos nada. Hablaban con acentos muy toscos. ¡Eran los carrancistas!]

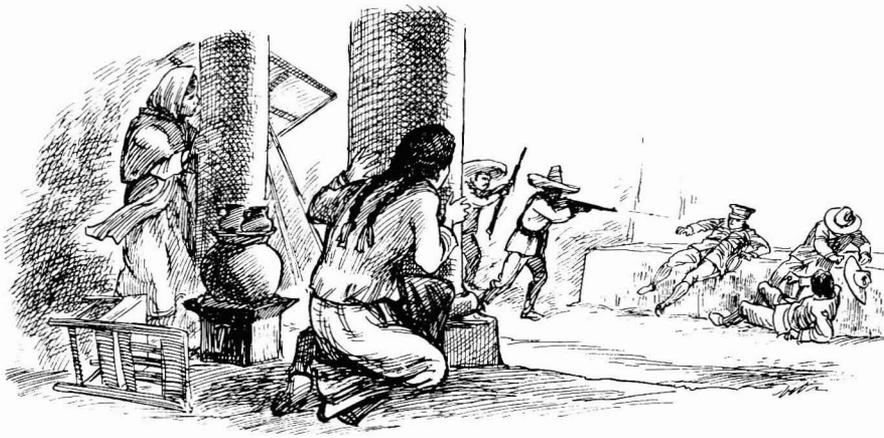
Había hombres llamados zapatistas, otros carrancistas y otros villistas. Estos tres grupos entraban allá en Milpa Alta. Tiraban de balazos a lo tonto. Allá en el pueblo se asustaban los hombres las mujeres y los niños, ya que nadie sabía, qué hombres iban a entrar.

Comenzaron a llegar los carrancistas al pueblo. De nuevo se balacearon carrancistas y zapatistas. Hicieron correr a los zapatistas hacia el monte, por todo el camino de Santa Ana y San Lorenzo. Se veía como humareda. No hubo muertos ni de parte de Carranza ni de Zapata.

Sólo los del pueblo murieron —los que se iban temprano al campo— esos fueron muertos. Un *tlachiquero* con su aguamiel, uno que se fue a recoger yerbas y un leñador: ¡esos son los que cogió la muerte en el camino!

Al principio los carrancistas parecían buenas personas. Platicaban con la gente y tocaban en las puertas de las casas. Uno salía y le decían “¡Así nos gusta! No huyan de aquí. Enciérrense en sus casas. Dentro de las casas no les pasará nada.” Y nadie huyó.

Estos carrancistas no eran tan buenos; eran malvados. Eran capaces de todo. Entraban en las casas. Robaban gallinas, puercos, comida. Si estaba uno comiendo, se llevaban toda la comida, tortillas, trastes. Así es que los dueños de la casa ya no tenían qué comer. Si veían un jarro mocho lo tomaban y se lo metían dentro de la bolsa. Si un hombre o una mujer llevaban buena ropa se la quitaban.



Entonces huyeron hacia los montes los zapatistas. Dejaron en el pueblo a los carrancistas. Como a las nueve de la noche bajaron otra vez los zapatistas y corretearon a los carrancistas. Llegaron hasta San Gregorio Atlapulco los carrancistas, hasta Xochimilco. Así estuvieron bastante tiempo. Llegaban los carrancistas, balaceaban; los zapatistas contestaban también con balas. Un día entraron los carrancistas y los zapatistas huyeron otra vez.

Cuando estuvo allí Carranza y la tropa de Amaro tenían allí su cuartel. No sabemos por qué motivo le pusieron a esta calle "El Espinazo". Este camino salía por el Teuhtli y allí se agarraban a balazos los carrancistas con los zapatistas. En esta calle alcanzaron a los soldados que tal vez no podían correr; estaban enojados por que ya les llegaban los zapatistas. Y decían los carrancistas "¡No podemos correr por ese rumbo! ¡Parece el espinazo de Satanás! Y aquí nos agarrarán y nos matarán porque este camino está muy empinado."

Los carrancistas sacaban los ornamentos de las iglesias y se los ponían. Cuando querían andar vestidos de estas vestimentas les pasaba algo grave y se caían los carrancistas del altar. Otros bajaban a los santos del altar para jugar con ellos. Pero amanecían muertos.

El santo de mi barrio, el santo llamado San Mateo, azotaba muy duro. Cuando entraron los carrancistas dizque lo iban a desnudar de todas sus vestiduras.

Un hombre de Milpa Alta estaba parado en la iglesia con otros hombres del pueblo. Estaban parados viendo lo que iban a hacer los carrancistas.

"Este endemoniado carrancista" dijo el hombre del barrio "ya se subió adonde está San Mateo. Quiere ponerse su manto. ¡También las ropas de San Marcos, hijo de Mateo!"

Cuando oyeron estas palabras los hombres del pueblo le dijeron: "No te preocupes; no pueden quitarle nada a San Mateo. Al que lo llegue a tocar lo matará."

"¿Cómo va a matar?" dijo un carrancista, "cómo va a pegar o a dar de balazos".

"Les va a dar una enfermedad que se llama calentura", dijeron los del pueblo. "Ni andando de cabeza se les quitará. ¡Es muy milagroso!"

Y el carrancista bajó la capa de San Mateo. Empezó a hacerla pedazos y luego le empezó la fiebre. El otro carrancista que estaba abajo decía "¡Yo no te hago nada, Mateo! ¡Ni tampoco te rompo tus vestiduras! Por lo tanto te ruego que no me vayas a dar la fiebre. Yo creo que eres muy milagroso. Yo no lo quería creer. Ahora lo he visto con mis ojos como le diste la enfermedad a mi compañero carrancista. A ese le diste la fiebre."

Duró como quince días el enfermo. Temblaba y no le servía ningún remedio. Y como había guerra no curaban los curanderos. Así murió el carrancista.

Llegó un día en que cierto carrancista quiso bajar a Nuestra Madre de la Asunción, [la patrona del pueblo]. Llamó a otros hombres para que le ayudaran a bajar a Nuestra Madre. Ella

cuida a nuestro pueblo y está puesta en alto. Cuando hay alguna fiesta la bajan unos veinte hombres y la amarran con fajas labradas muy fuertes para que no revienten. Y los carrancistas dijeron "Bajaremos a esta señora, le quitaremos su corona, sus arracadas y sus ropas." No sabían que Nuestra Madre era tan pesada.

Sólo un carrancista subió y se dio cuenta que estaba muy pesada. Llamó a otros. Subieron cuatro y eran ya cinco. Dizque iban a desnudar a Nuestra Madre. Pero se tropezaron en el altar y se vinieron rodando. Uno se lastimó un pie; otro se quebró un brazo y el que había subido primero se desbarató la cabeza.

Los que vieron esto les contaron a otros por qué se enfermaban y por qué se lastimaban. Con esto jamás volvieron a hacer maldades dentro de la iglesia. Y entonces se arrodillaban para rezar.

Otros carrancistas querían hacer caballeriza de la iglesia y metieron a los caballos a la iglesia. Pero como ya les habían pasado muchas cosas, otros decían "No los metan dentro de la iglesia; no les vaya a pasar algo a ustedes." Y luego sacaron a los caballos de la iglesia. Estuvieron en el atrio: lo volvieron caballeriza.

### El retorno a Milpa Alta

Cuando huimos y cuando huyeron los zapatistas de nuestro pueblo se quedó solo Milpa Alta. Se quedaron las gallinas, los perros, los gatos, los puercos y los caballos. Como no pudimos cargarlos allí se quedaron.

Regresamos como a los cuatro años a nuestro pueblo. Toda la gente fue con corazón a ver lo que había tenido: tierras, milpas, casas.

Llegaron al pueblo. ¡Las milpas se habían vuelto bosques! Habían crecido varios árboles: tepozanes, pirúes y capulines. Se habían multiplicado. Los que fueron primero platicaban de las serpientes que colgaban de las ramas de los árboles. Cuando volvieron a vivir allí tumbaron los árboles. De esa manera volvieron a habitar. Dentro de tres o cuatro años más gente se fue a vivir allá.

Antes sólo había casas retiradas, y se asustaba la gente con "¡Ya vienen los zapatistas!" o "¡Ya vienen los carrancista!" Eso ya se acabó.

[Parece que dos espantos se habían aprovechado de la soledad de las ruinas de Milpa Alta y allí vivían. Iban de casa en casa, a veces entraban en una, a veces en otra. Y cuando volvimos los espantos quedaron azorados y no sabían en qué casa meterse. Así es que de noche espantaban.] Eran un hombre y una mujer que se metían en las casas. Como a las siete de la noche todo el mundo se atrancaba en su casa.

Y hoy de nuevo trabajan los hombres del pueblo. Tienen hijos: licenciados, maestros y sacerdotes. Ya abrieron los ojos.

Aquí terminan mis palabras sobre Milpa Alta, el pueblo entre los cerros, entre el Teuhtli y el Cuauhtzin, entre México y Tepoztlán.

# Salvador Novo

## Biblioteca

Detrás de cada lápida yace un hombre-semilla;  
detrás de cada nombre se congela una vida.  
Pero se ignoran, muertos, uno al otro;  
vecinos involuntarios,  
hacinados, erectos en sus criptas  
como antes lo estuvieron sobre la tierra  
sin conocerse ni cruzar sus miradas.

¡Con qué ansiedad aguardan  
a que abramos las tapas de su ataúd!  
¡A que nuestro escalpelo  
hienda su carne blanca,  
vuelva sus pétalos,  
descifre el mudo grito de sus palabras!

Y estos hombres ¿dejaron lo mejor de sí mismos  
en el sudario que los rescata?  
Envueltos en silencio,  
alejados del mundo;  
incapaces de hacerlo con azada ni espada,  
se asieron de una pluma.

Era su forma resignada o cobarde  
de llenar el minuto vacío de sus vidas;  
de sangrar las palabras atadas en su lengua;  
de mirarse sin asco en el espejo  
que la tinta opacaba.

Desesperado intento de perdurar, clavados  
cadáveres de insectos;  
de no sentirse inútiles ni solos  
una tarde, una noche, una hora como esta.

De aguardar, de entregarse,  
de florecer sin fruto;  
de confiar la certeza de su muerte  
al azar de otra vida  
que en soledad tendiera ¡alguna vez! las manos y los ojos  
a sorber su veneno para enjugar el suyo.

# Gabriel García Márquez, un gran novelista latinoamericano

por Emmanuel Carballo

Gabriel García Márquez nació en Aracataca, Colombia, el 6 de marzo de 1928. Este pequeño pueblo que conoció durante algunos años el auge y la fortuna y después la ruina y la pobreza gracias a una compañía bananera que se instaló en los alrededores, está situado, cerca del mar y no muy lejos de la montaña, en una de las provincias que dan al océano Atlántico, Magdalena. Ausente de Aracataca desde 1940, y de Colombia a partir de 1954, García Márquez ha sabido permanecer fiel a su pueblo y a su país al escribir sus cuentos y novelas: Aracataca se transforma en Macondo, y allí, desde el momento en que nace para las letras hispanoamericanas, ha vivido y allí morirá, acompañado por los recuerdos de su infancia y por los sueños que ha soñado despierto y que le permiten conocer, como si fuera el oficial del registro civil, el paso del tiempo por esa desolada y mitológica aldea colombiana.

Próximo a la costa, este pueblo fue obviamente rico y caluroso. Digo fue, porque hoy está más cerca de la imaginación que de la historia. García Márquez, su biógrafo más esmerado, da primacía al contar su vida y milagros al calor sobre la riqueza. La temperatura tórrida, con sus numerosas implicaciones, es la escenografía en que se desarrollan la mayor parte de sus cuentos y novelas. La riqueza, que casi brilla por su ausencia, produce directa o indirectamente varios de los conflictos que se plantean en sus libros.

Nacido en el trópico y escritor de temas y hombres del trópico, García Márquez se conduce como escritor del altiplano. De un solo tajo, y desde abajo, ha cortado la exuberancia, esa planta que ahoga buena parte de la literatura hispanoamericana. Su retórica (y empleo esta palabra en su acepción exacta) es la austeridad. En unas obras más que en otras, restringe los adjetivos, expulsa las figuras innecesarias, adelgaza la prosa hasta que ésta se convierte en sinónimo de esbeltez.

En 1963, recién aparecida la primera edición mexicana de *El coronel no tiene quien le escriba* me dijo al contestar una pregunta que le hice sobre este tema: "Una de las cosas que ha demorado mi trabajo ha sido la preocupación de corregir el vicio más acentuado de la ficción latinoamericana: la frondosidad retórica. Escribir ampulosamente es bastante fácil y, además, es tramposo: casi siempre se hace para disimular con palabrerías las deficiencias del relato. Lo que en realidad tiene mérito aunque por lo mismo cuesta trabajo, es contar de un modo directo, claro y conciso. Así no hay modo ni tiempo de hacer trampas."

Lo que Colombia ofrece en este momento a la novela hispanoamericana se reduce a un solo nombre, el de Gabriel García Márquez. Eduardo Caballero Calderón, en quien se podría pensar a primera vista, pertenece a otra generación (nació en 1910), y sus obras recientes, *Manuel Pacho* y *El buen salvaje*, son si se las compara con las de García Márquez un tanto ampulosas por lo que toca al estilo y un tanto anacrónicas en lo que se refiere a la estructura. Se puede afirmar que Caballero



Dibujos de  
Roger von Gunten



Calderón sigue, quebrantándola, la línea narrativa que implantara José Eustasio Rivera. En otras palabras, es un epígono; García Márquez, que si a alguien recordase en la prosa de su país no sería al autor de *La vorágine* sino a Tomás Carrasquilla, da un paso hacia adelante, paso en el que va implícito el desarrollo económico de Colombia, catastrófico por hemipléjico. Va más allá, donde terminan los caminos conocidos y empieza la aventura, porque ha sabido reunir, sin que se opongan y sí se complementen, el arte y el compromiso.

Su arte, que no desdeña la tradición, mira con nuevos ojos el mundo que lo rodea, y esta mirada rumiante (una y otra vez fija en los mismos seres, en los mismos problemas y en el mismo paisaje) descubre mediante dos mecanismos, el amor y el odio, un universo que como un caleidoscopio permite pasar de la realidad más opresiva (*La hojarasca*, *La mala hora*) a una realidad en que los hechos abandonan la lógica y son capaces de tales proezas que llegan a confundirse con la sinrazón y la magia (*Cien años de soledad*). Su compromiso, muy de nuestros días, le permite dejar atrás la literatura militante, las más de las veces ayuna de eficacia y pletórica de buena fe, y sentar las bases, junto con otros novelistas de su edad y de su mérito, de la nueva novela del continente americano, que ya no se propone ser ejemplar en ningún sentido, ni político ni económico, ni moral, y sí ha dado muestras admirables de la actitud que ponen en práctica autores como García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa, Viñas y Cabrera Infante, actitud que parte del compromiso con el lenguaje, pasa por el análisis profundo de la realidad personal, se interna en el estudio de los mitos y profecías del mundo en que vivimos y llega a englobar la vida toda del continente, desde el nivel zoológico representado por los gorilas y toda clase de alimañas que le son adyacentes hasta el nivel en que la ciencia y la tecnología han ayudado y perjudicado a los hombres de esta región subdesarrollada del mundo. Lejos del comentario y la propaganda, estos novelistas, y sus hermanos mayores: Carpentier, Cortázar y Marechal, han dicho basta a la incompetencia y la demagogia y han echado a andar una novelística entendida como creación, como revelación y como lucha a todas horas y en todos los frentes contra las servidumbres y enajenaciones que vuelven intolerable la vida en este continente.

Hasta la fecha, García Márquez ha publicado cuatro novelas y un volumen de cuentos. La primera de las novelas la termina a los 19 años, en 1947, y la da a conocer ocho años después: se titula *La hojarasca*, y apareció en Bogotá, con pie de imprenta de las Ediciones S.L.B., el año de 1955. La segunda edición la hizo Editorial Arca de Montevideo en 1965. El siguiente título de su bibliografía, *El coronel no tiene quien le escriba*, es más bien una novela corta o un cuento largo que una novela de proporciones tradicionales. Terminada de escribir en París en enero de 1957, sale de las prensas de Aguirre Editor, en Medellín, el año de 1961. Las dos ediciones poste-

rior, de 1963 y 1966, corren a cargo de Ediciones Era de la ciudad de México. *La mala hora*, que obtuvo el premio ESSO 1961, se publica en Madrid, Imprenta Luis Pérez, "el día 24 de diciembre de 1962, víspera de la Natividad del Señor". En 1966. Ediciones Era la reedita precedida de un anota aclaratoria de García Márquez: "La primera vez que se publicó *La mala hora*, en 1962, un corrector de pruebas se permitió cambiar ciertos términos y almidonar el estilo, en nombre de la pureza del lenguaje. En esta ocasión, a su vez, el autor se ha permitido restituir las incorrecciones idiomáticas y las barbaridades estilísticas, en nombre de su soberana y arbitraria voluntad. Ésta es, pues, la primera edición de *La mala hora*." Después de cinco años de silencio, dedicados en gran parte a escribir una obra que alcanzaría casi las quinientas cuartillas, aparece en Buenos Aires, publicada por la Editorial Sudamericana este año de 1967, *Cien años de soledad*, la mejor novela de García Márquez y una de las novelas más hermosas dadas a conocer en lo que va del siglo en lengua española. El volumen de cuentos, *Los funerales de la Mamá Grande*, que recoge ocho narraciones, ve la luz en Jalapa, editado por la Universidad Veracruzana, en 1962.

En novelas y cuentos, García Márquez de tanto insistir y merodear en los mismos temas, en los mismos personajes y en el mismo paisaje ha dado a las letras hispanoamericanas lo que dio Faulkner a las letras de los Estados Unidos, un mundo novelesco autosuficiente y convincente. Para el lector de lengua española Macondo y un pueblo próximo y menos pequeño cuyo nombre nunca se menciona tienen el mismo interés, la misma



prodigiosa diversidad, el mismo impresionante aliento que posee para el lector de lengua inglesa el condado de Yoknapatawpha. Macondo puede ser y es de hecho, en progresivos estratos de significación, un oscuro y miserable pueblo de la región de Magdalena, la gran metáfora tras de la que se esconde Colombia y la invención mítica que reconstruye el pasado y el presente de la América Latina y avizora su porvenir incendiado por las llamas.

Después de la publicación de *Cien años de soledad*, la obra de García Márquez forzosamente tiene que dividirse en dos mitades: una que recoge los libros publicados antes de esta novela y otra que empieza con este libro y que contará como suyos los textos que publique después. Antes de *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez era un buen escritor, ahora es un extraordinario escritor, el primero entre sus compañeros de equipo que escribe una obra maestra.

Si Juan Rulfo encuentra a los principales personajes de *Pedro Páramo* (1955) después de que éstos han muerto, cuando el juicio particular (la novela es católica, apostólica y romana) ha dado a unos y a otros, las víctimas y los opresores, su ubicación ultraterrena definitiva. *La hojarasca*, también dada a conocer en 1955, recoge a sus héroes de la basura, de la descomposición progresiva de un pueblo, Macondo, sobre cuyo destino pesan terribles profecías, una de las cuales, la mayor, es la muerte: sus habitantes en el momento en que da comienzo la novela, están pendientes del entierro de un hombre que se ha ahorcado y cuya muerte en cierta forma es un símbolo de lo que tarde o temprano sucederá a Macondo. Si Rulfo hace hablar a los

muertos, García Márquez da a conocer las palabras postreras de los agonizantes. En cierto sentido, y hasta cierto punto, Comala y Macondo son dos pueblos gemelos en los que las palabras son murmullos, los hombres, sombras y las acciones principales, casi siempre, recuerdos de una época afortunada anterior al progreso y a sus consecuencias funestas.

*La hojarasca* es una elegía, un responso a tres voces, que toma como pretexto el suicidio de un hombre y el odio que el pueblo siente hacia su cadáver para referir la vida y los hechos sobresalientes de ciertos personajes que tienen que ver con los años difíciles, los de la fundación, el esplendor y la ruina de Macondo. La estructura, adrede caótica y laberíntica, cumple su función, apuntala las bases en que se sostendrá, de aquí en adelante, el mundo narrativo de García Márquez, y ofrece la primera muestra del arte reiterativo, rumiante, de este autor que en el momento menos pensado salta limpiamente de la realidad a la imaginación, del realismo tradicional a un realismo hecho con los mejores elementos de la novela contemporánea, de la sencillez a la ambigüedad y aun al hermetismo. Quien lea con cuidado a García Márquez observará una línea, la más importante de su obra, que parte de este libro, continúa en dos cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande* ("La siesta del martes" y "Un día después del sábado"), se detiene en un texto publicado en la *Revista Mexicana de Literatura* (mayo-junio de 1962), "El mar del tiempo perdido", y concluye, robustecida y magnífica, en *Cien años de soledad*. Esta línea se llama Macondo.

En la superficie, *El coronel no tiene quien le escriba* cuenta una historia en que la dignidad del coronel sobrevive a la humillación. En un estrato más profundo, narra una anécdota que pudo ocurrir en cualquier lugar y época: la lucha sin cuartel y sin tregua que sostiene el hombre contra el trascorrir del tiempo. En el plano físico, el coronel combate contra la vejez y la enfermedad y, en plano más intangible, contra la postergación de su persona. Esta postergación que casi equivale a la muerte, le ayuda a recordar y revivir el pasado y a vivir con dignidad la hora presente. Una carta, que no llega a sus manos porque nunca será escrita, le permite oponer a la muerte las poderosas razones de la vida. Esta novela corta que es por su validez humana local, nacional y universal, pone de nuevo en ejercicio un viejo dilema: ¿la vida del hombre se llama esperanza o desconsuelo?

A diferencia de los novelistas de la generación precedente, García Márquez sirve al lector en cada uno de sus libros un platillo curioso y elaborado: si en última instancia su literatura es social y comprometida, a primera vista no lo parece, y no da esa impresión porque para cada una de las trampas que la vida tiende a la literatura tiene un ardido que le permite acercarse y no ser atrapado por ellas. Así, se acerca peligrosamente a la ternura y escapa a tiempo por la puerta de la ironía; se aproxima al documento, a la literatura de partido, y cuando





es más fácil caer en la adoctrinación o en el panfleto, un giro imprevisto del estilo lo lleva a guarecerse bajo el toldo de la crueldad, de la aparente grosería (recuérdese la última línea de esta obra) o del escepticismo, actitud frecuente de sus personajes tras de la que esconden el desencanto de sus esfuerzos revolucionarios. El coronel de este libro, como tantos otros coroneles resentidos pero estoicos que aparecen en casi todos sus textos (América Latina parece ser, para García Márquez, tierra de militares de graduación intermedia), sabe reírse ante el infortunio y sabe, también, usar la fantasía cuando se siente rodeado por la lógica implacable de las necesidades cotidianas. En esta novela corta el gallo de pelea es un símbolo, un símbolo polivalente que lo mismo representa la victoria que la derrota, la realización personal que la enajenación a un orden de cosas irremediabiles y sin sentido. Escritor que respeta en profundida a sus lectores, García Márquez no se atreve a señalar con toda claridad cuáles son sus preferencias y cuáles sus antipatías. Si se le lee con atención se puede saber lo que piensa, pero también se puede averiguar lo que omite y deja a la capacidad del lector. Una novela suya se realiza y alcanza toda su significación en el momento en que se complementan el autor y el lector, es decir aquel que lanza la piedra y esconde la mano y aquel otro que al leer puede sumar las alusiones y las elusiones, los sonidos y los silencios, las pistas falsas y las pistas verdaderas.

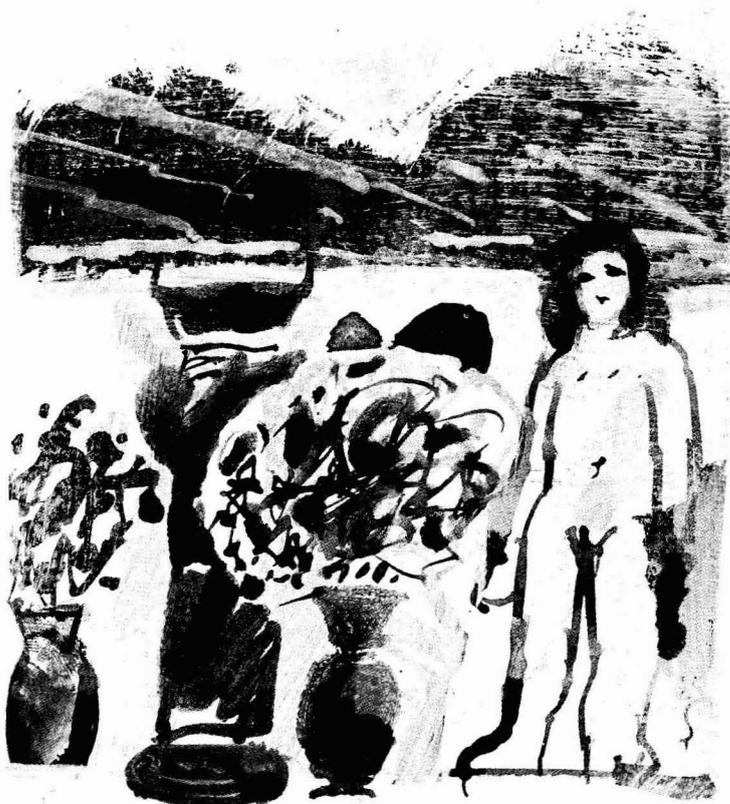
Antes de *Cien años de soledad*, y por varias razones, el libro más redondo y sugerente de García Márquez es *El coronel no tiene quien le escriba*. Aquí brillan por su ausencia los adjetivos que no cumplen una función precisa, las palabras, los giros

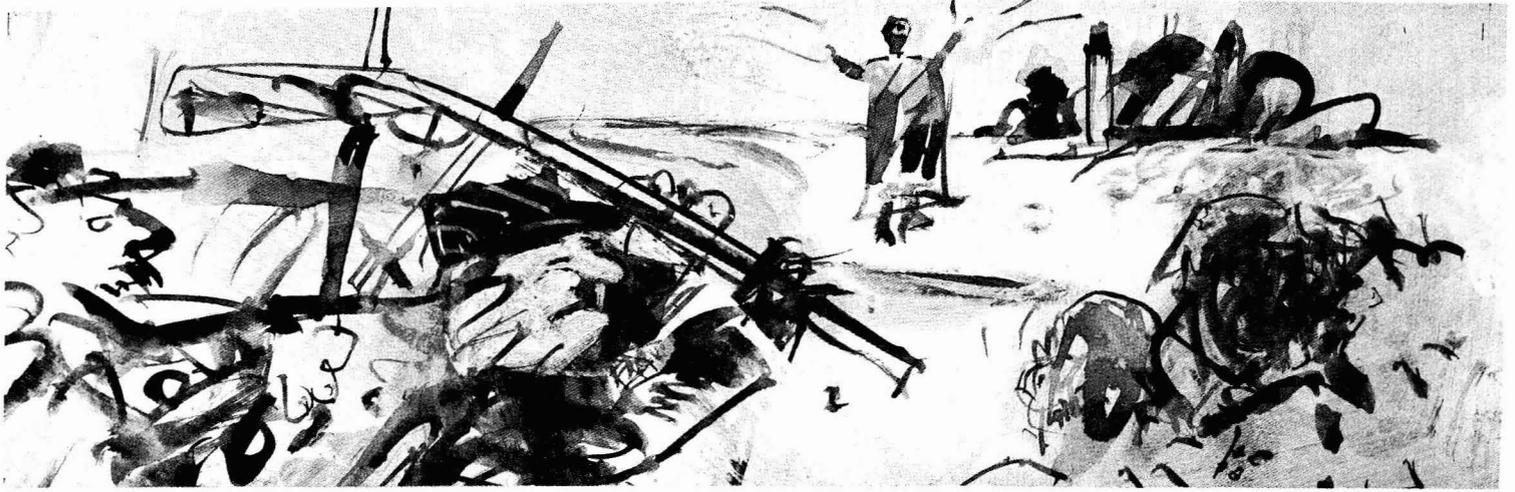
y las frases que alargan innecesariamente la extensión de la historia, las imágenes y metáforas que traicionan de un modo o de otro el contexto narrativo. En su obra, *El coronel* es como una línea recta, la distancia más corta entre dos puntos: el planteamiento de una historia y su desenlace satisfactorio.

En *Los funerales de la Mamá Grande* convergen los cuentos que tienen como escenario Macondo ("La siesta del martes" y "Un día después del sábado") y los cuentos que suceden en un pueblo como todos los pueblos, hipócrita, resentido, lujurioso, ávido de novedades y condenado a conocer únicamente los placeres devaluados de la rutina, un pueblo que más que pensar en el pasado sueña en un futuro que lo compense de las privaciones, del aburrimiento, de la tacañería de atesorar la vida que no ha consumido y que por miedo se niega a dejarla fluir con despilfarro, un pueblo que da a Dios lo que es de Dios, regateándose, y al gobierno la parte que le corresponde, un pueblo que si bien no conoce la felicidad tampoco se atreve a vivir en el desconsuelo, un pueblo, en fin, que acepta la dialéctica de la realidad hispanoamericana, que quiere progresar, que práctica la política y se entrega a la politiquería y que periódicamente enciende la esperanza de una vida mejor sintiéndose solidario de las guerrillas, a las que, a su debido tiempo, denuncia y coopera a extinguir. A diferencia de Macondo, que vive en la leyenda, que cree en los milagros y en las catástrofes, este pueblo sin nombre, y no lo tiene porque así engloba en su realidad mezquina a todos los pueblos del continente, prefiere la historia al mito. Seis cuentos configuran la vida en este pueblo corrompido y desagradable: "Un día de estos", "En este pueblo no hay ladrones", "La prodigiosa tarde de Baltazar", "La viuda de Montiel", "Rosas artificiales" y "Los funerales de la Mamá Grande." También suceden en este pueblo, dos de sus novelas: *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora*.

Los cuentos de García Márquez dan la impresión de ser fragmentos o capítulos que no encontraron acomodo en las novelas o que fueron escritos para iluminar la vida de alguno de los personajes o para precisar el sentido y el significado de ciertos sucesos que se cuentan en las obras de mayor extensión. Escritos a la manera tradicional, rompen únicamente con el pasado inmediato por dos sitios, aquel que tiene que ver con la sobriedad expresiva, con los silencios que en la obra de García Márquez son tan sonoros como las palabras, o quizá más, y están cargados de vida; el otro está ligado con la manera de crear a los personajes, los que son vistos a prudente distancia, actitud que les permite no entregarse totalmente a los ojos indiscretos del lector. Esta manera pudorosa de tratarlos, muy de nuestros días, evita que el autor se conduzca ante ellos con la omnisciencia un tanto pedante con que actuaban los narradores que más que prosistas se sentían representantes de Dios en la tierra.

Puente que une las dos vertientes argumentales de su obra,





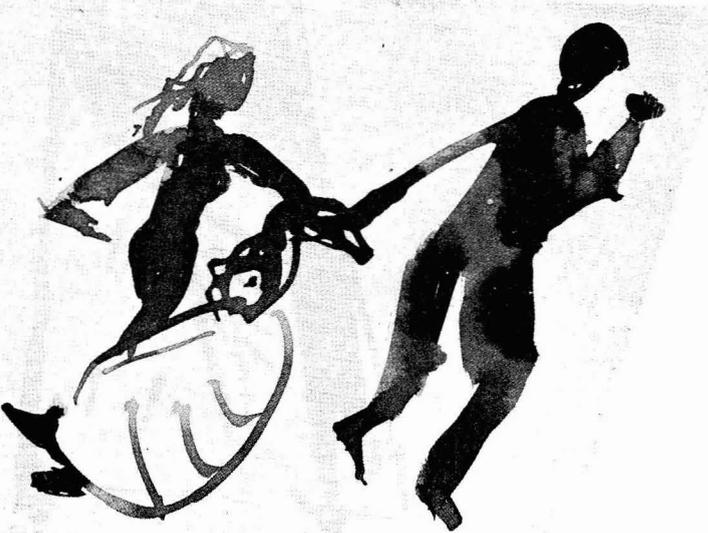
*Los funerales de la Mamá Grande* es un libro compuesto por los saldos que se fueron acumulando en su mesa de trabajo y que, por eso mismo, no tienen el mismo valor que cualquiera de sus novelas. Además, García Márquez se mueve con mayor naturalidad y eficiencia en las narraciones extensas que en las breves, ya que domina mejor el análisis que la síntesis. La novela le permite usar, reunidas, todas sus cualidades y el cuento, en cambio, sólo le da oportunidad de emplear aisladamente sus recursos predilectos. El cuento que da título al volumen "Los funerales", es un ejemplo de lo dicho anteriormente: al ser una caricatura feroz de la vida en Colombia y en América Latina, no tiene tiempo de equilibrar la mordacidad con la ternura, el realismo crudo y a ras de tierra con el realismo escueto, pudoroso e insinuante, que es la mejor arma que emplea García Márquez en sus novelas.

De todos sus libros *La mala hora* es quizá el más apegado a la realidad certificada, es decir a la historia, y el que más lejos se encuentra de la fórmula en que puede encerrarse su literatura: la narración escueta que huye con igual vehemencia tanto de los signos que delatan la realidad inmediata como de todo propósito didáctico o ejemplar. Esto no quiere decir, por supuesto, que huya de los problemas sociales y políticos, únicamente que los plantea de tal modo que no es él quien dictamina cuáles son, cómo se manifiestan y cómo pueden resolverse, sino el lector, a quien corresponde atar cabos, unir hechos, comprender a los personajes para así dar a la novela propósitos y significado. En *La mala hora* se invierten hasta

cierto punto los papeles: al lector le corresponde actuar dócilmente, dejando a un lado su función de coautor de la novela y al novelista le toca asumir el papel del testigo que lo sabe todo y dice a cada momento la última palabra. Sin caer en la literatura de tesis, García Márquez abandona aquí parcialmente la actitud que consiste en mostrar un mundo y abstenerse de emitir juicios sobre lo que en él ha ocurrido: la manera de presentar al alcalde, de mostrarlo no como un hombre complejo sino como un comerciante que aprovecha la autoridad para enriquecerse, como un tipo más que como un personaje, es un ejemplo de cómo esta novela no cumple los postulados sobre los que están construidas *El coronel no tiene quien le escriba* y *Cien años de soledad*.

*La mala hora* ofrece al lector una serie de evidencias que le permiten darse cuenta de lo que hoy ocurre en Colombia y de cómo esa situación no surge de la nada sino que es producto de una larga cadena de hechos que comienza a ocurrir en el momento en que la nación consigue la independencia, sigue su curso a lo largo del siglo XIX, a través de las calamitosas y ridículas guerras civiles entre conservadores y liberales, y llega hasta nuestros días manifestándose en la desigual distribución de la riqueza, en la concentración de la tierra en una cuantas manos, en la hegemonía que ejerce la iglesia sobre las conciencias y las decisiones del poder civil, en el analfabetismo, la insalubridad y la falta de vías de comunicación y también, en la otra orilla, en los frecuentes brotes de rebeldía que han creado en ciertas regiones del país un clima constante de violencia y muerte. Hasta cierto punto, *La mala hora* es una radiografía de la Colombia de la que surgen las actuales guerrillas y una advertencia a los guerrilleros, a quienes les avisa que ese tipo de lucha no es nuevo entre los colombianos y sí posee una tradición en que se mezclan los triunfos episódicos y los fracasos definitivos. Hasta ahora los guerrilleros sólo han servido, en el triunfo y en la derrota, para encumbrar a cierta casta de políticos tramposos que al hacerse del poder olvidan al pueblo y se burlan de sus intereses.

La estructura de esta novela es novedosa en la obra de García Márquez. Si *La hojarasca* cuenta desde tres puntos de vista y por primera vez la historia abreviada de Macondo, si *El coronel no tiene quien le escriba* se construye a narrar una sola historia, la del militar abandonado a su propia suerte, y en el fondo se contempla a grandes trazos la vida del pueblo sin nombre próximo a Macondo, en *La mala hora* no hay héroes particulares sino un héroe colectivo, los habitantes de esta aldea, a los que uno por uno ilumina en determinado momento y a los que después deja que sigan viviendo en las tinieblas. La novela está armada de tal modo que al concluir de pasar revista a los personajes más representativos, García Márquez ha contado de principio a fin la historia que se proponía referir. La aparición de pasquines en las casas de las personas a las que el pueblo otorga categoría de víctimas, una lluvia que





inunda los barrios pobres y que hace emigrar a sus moradores a tierras más altas propiedad del municipio, es decir del alcalde, y el recrudecimiento de las pasiones entre las banderías enemigas, los representantes del gobierno y los aldeanos, son las tres calamidades que permiten a García Márquez contemplar cómo es el vecindario y cómo reacciona ante circunstancias que ponen en peligro sus vidas y la tranquilidad de sus conciencias.

Una vez cerrado el libro, lo primero que llama la atención de *Cien años de soledad* es el anacronismo. Cierta tipo de anacronismo que en vez de ser un lastre que anule la validez de la novela, le da ciertas características que le conceden un sitio aparte entre las obras narrativas publicadas en los años recientes. Me explico: a diferencia de los novelistas de su generación, García Márquez busca y consigue la originalidad por caminos en apariencia reaccionarios, caminos que en vez de dirigirse al futuro recorren en sentido inverso la historia de la literatura y descubren el pasado, un pasado que el aislamiento y la soledad han purificado y vuelto irreconocible. De tan viejo, da la impresión de intacto, de ser más nuevo que el periódico de hoy. Allí encuentra lo que andaba buscando desde el año 1955 en que da a conocer *La hojarasca*, un mundo y unos hombres fabulosos en todos sentidos que no distinguen la lógica del absurdo, la acción de la imaginación, la violencia de la ternura, la construcción de la destrucción, el amor del odio, la religión de la impiedad, el trabajo del ocio, el totalitarismo de la anarquía, unos hombres y un mundo situados en la acera de enfrente de los convencionalismos sociales, los dogmas políticos, las creencias religiosas, el utilitarismo y, en general, todos los estupefacientes que hacen posible y duradera la vida de una comunidad. (Tan es así, que el pueblo de *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora* hubiese resultado imposible, por conformista y enajenado, para albergar la historia y los personajes de *Cien años de soledad*.) Mediante la adopción del mundo de las novelas de caballería, García Márquez puede encontrar en Macondo seres y maneras de ser que tengan puntos de contacto con una humanidad y un universo anteriores al momento en que la épica se reblandece y los personajes se vuelven egoístas, calculadores, amigos sistemáticos del raciocinio que, en última instancia, sólo les interesa por las ventajas materiales e inmediatas que pueda proporcionarles. En cierto sentido, Macondo es el paraíso terrenal, la ocasión perfecta y única concedida al hombre para que realice aquí y ahora sus mejores deseos. Pero como en el paraíso los enemigos del hombre no desaprovechan las oportunidades que se les presentan para corromper la felicidad humana. La fundación de Macondo, que equivale a la idea de América que se forjaron los europeos en el lapso que va del descubrimiento a la conquista, trae consigo al mismo tiempo que el goce de vivir las semillas de destrucción que más adelante no dejarán en el pueblo piedra sobre piedra. En otras palabras, *Cien años de soledad* es como una biblia, con su antiguo y su nuevo testamento, que relata, siguiendo



en la superficie las normas tradicionales del arte de narrar, la historia del pueblo elegido, Macondo, desde el génesis hasta el apocalipsis, desde el instante en que los primeros Buendía pisan el suelo de lo que será esta aldea mitológica y desgraciada hasta el momento en que las hormigas se adueñan de la tierra y devoran, recién nacido, al último de los hombres de esta estirpe.

Después de la impresión de ser anacrónica, *Cien años de soledad* parece indicar que es una novela de aventuras en la que se mezclan la heroicidad y la fábula. Y así es, es una novela de aventuras, para el lector desprevenido parecida a las *Mil y una noches* en versión americana, que reduce casi a las proporciones de un juego macabro y estúpido la historia de Latinoamérica desde el momento de su independencia hasta la hora presente. Juego que se permite ciertos retrocesos, no indicados en el texto, que señalan cómo pudo ser este continente en ciertas épocas de su desarrollo: así existen suposiciones que admiten imaginar cómo debió de ser entre nosotros la Edad Media, el Renacimiento y el Siglo de las Luces. Como no tuvimos las dos primeras épocas y la tercera se redujo a acallar los brotes subversivos de los criollos ilustrados, García Márquez puede hacer uso irrestricto de su imaginación al referirse a estas posibilidades que nos fueron negadas por el arribo tardío al banquete de la civilización occidental. Paradójicamente, Melquiades es el alquimista medieval, el hombre-orquesta del Renacimiento y el precursor de los derechos del hombre en pleno siglo xviii. Por eso, quizá, muere dos veces, y por eso, es probable, vuelva a nacer para indicarnos cómo saldrá Macondo, es decir América Latina, de la muerte aparente a que lo condena García Márquez al final de la novela, conclusión que curiosamente coin-

cide con el principio: *Cien años de soledad* empieza presentando a Macondo como tierra baldía que invita a los inmigrantes nativos a poblarla y termina tal como empezó, como una nueva llamada a los nuevos inmigrantes, que bajarán por diferentes causas como la vez anterior de las montañas, para poblarla y darle leyes más justas y menos imperecederas. Por otra parte, Melquiades puede morir y renacer porque, habitante al fin y al cabo de América Latina aunque por sus venas corra sangre extranjera, no distingue las fronteras entre la vida y la muerte: en esta parte de América nada muere del todo (piénsese en el feudalismo y en las doctrinas liberales), ni nada nace del todo completamente, por lo menos en la tierra firme.

Por último, *Cien años de soledad* plantea un dilema que los escritores de esta parte del mundo todavía no acaban de resolver: hasta qué punto la novela, y el resto de los géneros literarios, debe reflejar las condiciones objetivas, en este caso el subdesarrollo, o hasta qué punto es lícito, pensando que la novelística está en manos de hombres tan capaces como los europeos, ir más allá y dar a los lectores una imagen técnica y estilística acorde con lo que está sucediendo en los laboratorios más avanzados de los países que viven y gozan las ventajas del siglo xx. La respuesta de García Márquez me parece convincente: en *Cien años de soledad* dice que el subdesarrollo económico y político no tiene que desembocar necesariamente en una novela conformista técnicamente ni en una novela que se desentienda del contexto histórico del continente. Su punto de vista es irreprochable ya que no reniega de los descubrimientos de la nueva novela ni de las conquistas que están presentes en la tradición. Así puede satisfactoriamente entregar a los lectores una obra americana que es también, por todos conceptos, una obra que nada tiene que envidiar a las que se escriben en otras partes del mundo. Sin proponérselo responde a la pregunta que hace muchos años se formulara el viejo mexicano Ignacio Manuel Altamirano: cómo escribir una novela que sin renunciar a las prerrogativas del arte, no se desentendiera de la calamitosa historia en que nos debatimos. Si Altamirano se equivocó al formular una respuesta teórica, García Márquez acierta al escribir esta novela que es de Aracataca, de Colombia, de América Latina y del mundo.

*Cien años de soledad* es una novela perfecta, hasta donde este adjetivo puede usarse sin sonar a falso. La estructura, la historia, los personajes, el estilo, cumplen rigurosamente su cometido. En ella forma es fondo, y viceversa, y todo en su más alta expresión: vida, dolor, muerte y esperanza de un futuro en que la imaginación, el absurdo y todos los excesos posibles por ahora se conviertan en realidad, lógica y una serie de virtudes comunes y corrientes.

Después de escribir esta novela, Gabriel García Márquez puede dormir tranquilo, aunque existe la posibilidad de que esta obra le quite el sueño, como el insomnio que padeció Macondo, por el resto de sus días.



---

## Carlos Monsiváis: OCTAVIO PAZ EN DIALOGO

---



El diálogo de Octavio Paz con Carlos Monsiváis, tuvo lugar en una cabina de grabaciones en Radio Universidad de México. Las preguntas proceden de una atenta lectura de la obra de Paz y recogen, con espontaneidad reflexiva, algunas dudas casi públicas en torno de sus juicios literarios. Las respuestas de Paz, claras, lúcidas, valen por un resumen de la literatura y la cultura contemporáneas de nuestro país.

No fue, este diálogo, la única tarea de Paz en la Universidad: grabó, para la serie *Voz Viva* de México nuevos poemas suyos, que aparecerán en una nueva edición de su disco de poesía. Para otra serie grabó también *Piedra de sol*. Invitado por el Comité Ejecutivo de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, leyó *Blanco*; uno de los más hermosos, intensos poemas, de los últimos años.

Esta advertencia se confía al lector para darle una imagen de la labor de Paz durante su breve estancia entre nosotros.

---

MONSIVÁIS

¿Cómo actualizaría usted las tesis de *El laberinto de la soledad*?

PAZ

Tal vez sea exagerado llamar a las ideas de *El laberinto de la soledad*, tesis. Yo no me propuse sino una descripción de ciertas actitudes de los mexicanos. Pero mi propósito fue distinto al del grupo Hiperión y también al de Samuel Ramos. Empezaré por el segundo. Samuel Ramos trató de describir el alma de los mexicanos; "alma" entre comillas, o su psicología, siguiendo sobre todo a Adler. Yo no me propuse una descripción solamente de tipo psicológico sino sociológica e histórica. Por lo que se refiere a los hiperiones: ellos intentaron, si no me equivoco, una filosofía de lo mexicano y yo nunca pensé en hacer de *El laberinto de la soledad* una filosofía, sino precisamente todo lo contrario de una filosofía. Procuré insertar ciertas estructuras síquicas del mexicano dentro de la historia de México y después ver cómo esa historia de México era parte de la historia universal. En el periodo colonial y en el siglo XIX México vivió ideas universales; esas ideas universales entraron en crisis y se hicieron inoperantes durante la Revolución Mexicana; ahora bien, como en esa época México no dispuso de otra ideología internacional, no nos quedó más remedio que buscar soluciones en nuestro pasado. Esa es la razón de ese compromiso entre nuestro pasado y el mundo moderno que se llama la Revolución Mexicana. Naturalmente la Revolución Mexicana tampoco es un fenómeno únicamente nacional. Por una parte es un fenómeno universal, pertenece a las grandes transformaciones del siglo XX (esos son los lugares comunes, casi); por otra parte, y esto a mí me parece decisivo, la Revolución Mexicana es el principio de esta gran Revolución o, más exactamente, de esta gran Revuelta de los pueblos de América Latina. Si volviese a escribir *El laberinto de la soledad*, lo haría desde la perspectiva de lo que ocurre actualmente en América Latina.

MONSIVÁIS

En *Corriente alterna* usted analiza los términos revuelta, rebeldía y revolución. De acuerdo con este esquema ¿cómo se podría diferenciar lo que está ocurriendo en América Latina?, ¿por qué sería revuelta y no revolución en el sentido clásico?

PAZ

Sería muy largo y tedioso explicar por qué no vivimos realmente en una época revolucionaria sino en una época de rebeldía en los países desarrollados y de revuelta en los países que se llaman del tercer mundo. Esto lo examino con cierta amplitud en *Corriente alterna*. Por lo pronto podría decir: revolución en el sentido clásico de la palabra, y especialmente en el sentido marxista, implica transformación definitiva en las áreas más adelantadas o más civilizadas de la sociedad mundial, esto es en los países industrializados, en los países desarrollados. La clase que realiza la revolución es el proletariado. Las revoluciones del siglo XX muestran que no se han verificado estas previsiones de la razón occidental. Las grandes transformaciones sociales se han operado en los países marginales, es decir, en los países en los cuales no había industrialización o

la industrialización apenas estaba en sus comienzos. En cambio, si no se han realizado revoluciones proletarias en los países desarrollados, sí ha habido grandes rebeliones. Por ejemplo, después de la Primera Guerra Mundial, en el mundo del arte y de la literatura. Ahora esa rebelión de los poetas y de los artistas del mundo desarrollado, del mundo burgués, se ha transformado en un movimiento de rebeldía popular, sobre todo entre los jóvenes. La gran novedad de las sociedades industriales, el fenómeno más característico, no es la revolución de los proletarios sino la rebelión de los jóvenes. La mayoría de esos muchachos no pertenece a las clases pobres sino a las clases acomodadas o a las clases medias; es una rebelión contra la abundancia. En los países subdesarrollados presenciamos revueltas en las que participan los intelectuales, la clase media, los campesinos y, en ocasiones, la clase obrera. Ninguna de estas grandes revueltas de los países subdesarrollados merece realmente el calificativo de revolución, en el sentido clásico de la palabra, aunque naturalmente esa revuelta sea, en sí misma, revolucionaria.

MONSIVÁIS

A principios de la década del cincuenta coincidiendo con el final de una etapa álgida del nacionalismo cultural, surge un movimiento, el del periodo de que hablábamos, que intenta indagar con una técnica filosófica el sentido del ser del mexicano. ¿Qué se podría decir acerca de este movimiento?, ¿cumplió o no sus objetivos, o de qué manera está insertado en el proceso de las ideas en México?

PAZ

Un movimiento intelectual cumple sus objetivos cuando disuelve a su objeto. La meditación sobre el mexicano disolvió, diríamos, al mexicano. O para decirlo de un modo más claro: mostró que el estudio del mexicano era parte de una antropología por hacer aún. Ser mexicano no significa ni un privilegio ni una condenación especial. El privilegio y la condenación consisten en ser seres humanos.

MONSIVÁIS

En *Puertas al campo* hay un ensayo "El precio y la significación" donde se ofrece una visión panorámica de la cultura mexicana. ¿Cómo revisaría usted ese panorama? ¿O lo sigue considerando válido en términos generales?

PAZ

Quizá en algunos juicios particulares me haya equivocado. Mejor dicho, estoy seguro de que los juicios particulares no corresponden a la realidad examinada. No obstante, en términos generales, esa visión me parece justa. Por ejemplo, creo que es verdad que el hecho característico de la nueva situación de la cultura en México es que existe ya un grupo de escritores y artistas que viven fuera del Gobierno, fuera de lo que usted llama el Establecimiento. Esto a mí me parece fundamental: es la condición y la posibilidad de crítica. Yo no concibo una literatura ni un arte que no sean arte y literatura críticas.

MONSIVÁIS

¿En qué ha devenido para usted el muralismo? ¿O cuál sería su vigencia?

PAZ

El muralismo mexicano fue exaltado de una manera exagerada durante una época por los críticos mexicanos y también por algunos críticos norteamericanos y uno que otro europeo. Ahora la tendencia, en los Estados Unidos y en Europa, es ignorar al muralismo. Esto no me parece justo. El muralismo tuvo una significación cierta, como he tratado de mostrarlo en varios ensayos. Pero, el muralismo —que ya en sus comienzos fue un movimiento ambiguo porque estaba compuesto por pintores revolucionarios al servicio de un gobierno que no compartía exactamente sus ideas—, poco a poco se transformó en una escuela de retórica pictórica, populista, pseudo patriótica y oficialista, que ha cubierto a la ciudad de México y a la provincia de murales y de esculturas verdaderamente abominables. Es tristísimo ir a Guanajuato y a otras ciudades de provincia y encontrarse esas esculturas y esos grandes murales de los epígonos de Siqueiros, de Orozco y de Rivera. Cuando veo ciertos monumentos de la ciudad de México, verdaderos lugares comunes de esa retórica, pienso que quizá en lo futuro los críticos de arte serán tan severos con las obras de estos últimos 30 años, como los críticos de 1930 lo fueron con las obras del porfirismo. Hemos cubierto a la ciudad de México y a la provincia de monumentos, murales y esculturas que tienden a lo grandioso y que generalmente se quedan en lo grandote. Además, a mí lo grandioso no me parece un ideal en arte. Prefiero el Sagrario, para emplear un ejemplo de arte colonial, a la Catedral Metropolitana. Prefiero el pequeño templo de Uxmal a los grandes monumentos de Teotihuacán —aunque este último sí sea realmente grandioso y no grandote.

MONSIVÁIS

¿Pero esta aspiración a lo grandioso no será una derivación o una culminación de esa ansiedad latinoamericana de grandeza que por un lado sintetiza Vasconcelos en *La raza cósmica*, por otro Rómulo Gallegos, etcétera? ¿No será un derivado de ese afán de mostrar América Latina como continente de ciclopes, afán nuevamente de moda?

PAZ

La desmesura no me parece en sí misma un defecto, a condición de que encuentre su mesura. Ejemplo: Teotihuacán. Pero cuando lo grandioso se vuelve imponente, nos aplasta. No es una expresión de la desmesura cósmica o humana sino del poder. Una alegoría pétreo de la esclavitud y la sumisión.

MONSIVÁIS

Una de sus obsesiones, o una de sus escenografías o uno de los personajes más continuos y constantes en su poesía es la ciudad de México. ¿Cómo describiría usted ese tránsito mítico de la ciudad en su obra?

PAZ

Yo creo que usted ha visto mucho mejor la ciudad de México que yo. Usted ha encontrado ese elemento fantástico, ese realismo delirante, sórdido y alado, que a mi juicio se muestra con mayor violencia y descaro en la ciudad de México que en otras.

Las grandes visiones de la ciudad de México están en algunos cronistas como usted y Novo y en algunos novelistas como Fuentes. Todas las grandes ciudades son una pesadilla, pero cada ciudad es una pesadilla distinta. Hay la pesadilla de Nueva York, y la de París y la de México. Yo he tratado de penetrar en algunos poemas en ciertos vericuetos de esas pesadillas.

MONSIVÁIS

¿Hay un nuevo movimiento pictórico en México? ¿De qué modo se manifiesta?

PAZ

En el movimiento pictórico de México advierto varias corrientes. En primer término, los epígonos de los muralistas. Esta tendencia, que en un principio fue una escuela de retórica, ahora es una escuela de demagogos y burócratas. Creo que no vale la pena hablar de esa gente, aunque sigan pintando en los museos, en los grandes edificios públicos y en los bancos. El grupo importante está compuesto por todos esos muchachos que buscan otros caminos. Esto hubiera sido imposible sin el ejemplo de Rufino Tamayo. Este nombre a mí me parece central. Es un personaje ejemplar en la historia de la pintura contemporánea. Tamayo no quiso ser un pintor mexicano ni tampoco ser un pintor universal; quiso simplemente ser un pintor. Así logró ambas cosas. O más bien, es un pintor mexicano porque es un pintor universal y no a la inversa. El ejemplo de Tamayo disipó el falso dilema entre mexicanidad y universalidad.

MONSIVÁIS

Entre la generación que Tamayo constituye por sí solo y la nueva generación, hay una época que se puede llamar, para no faltar a las reglas del juego, era de transición. El artista evidente de esa generación perdida es Juan Soriano. Usted ya ha escrito varias veces sobre él. ¿Qué agregaría hoy?

PAZ

He escrito varias veces sobre Juan Soriano. En esos textos me ocupo de lo que significa, para mí, su pintura. Pero hay que agregar que su influencia en los artistas jóvenes y en el teatro de vanguardia ha sido decisiva y estimulante. Además, hay otro aspecto de su obra sobre el que se ha hablado poco. El otro día Vicente Rojo me confiaba su entusiasmo ante las esculturas de Soriano y me decía que esas figuras policromadas podían figurar al lado de las obras de los grandes escultores contemporáneos. Rojo tiene razón. En esas esculturas Soriano se propone (y logra casi siempre), una consagración de la vida por la imaginación. Me parece que para Soriano el arte es lo que fueron la política y la filosofía para Vasconcelos o el pensamiento para Cuesta: una pasión, en el sentido religioso de la palabra... Y ya que habla de solitarios y heterodoxos, mencionaré a una figura única, admirable y fascinante: Leonora Carrington. Pero hablar de Leonora es muy difícil: habría que ser, a un tiempo, mago y antimago, Lewis Carroll o André Breton. Mucha gente se sorprende al encontrar, en la irrealdad de la literatura, a la realidad cotidiana. Más sorprendente resulta encontrar, en la irrealdad cotidiana, a la realidad de la imaginación. Eso es Leonora.



MONSIVÁIS

Para situar en concreto las afirmaciones anteriores sobre la nueva pintura mexicana, hay que citar nombres. Se me ocurren en este momento algunos: José Luis Cuevas, Manuel Felguérez, Vicente Rojo. ¿Cómo describiría usted el desenvolvimiento de estos artistas?

PAZ

Son artistas muy distintos. El caso de Cuevas es único, excepcional en todos los sentidos de la palabra. En primer lugar, la obra de Cuevas es una excepción dentro de la nueva pintura mexicana: es una obra moderna y al mismo tiempo continúa, en cierta medida, el expresionismo. Pero también es excepcional en un sentido más profundo: es la obra de un joven artista que es ya un gran artista. La otra tarde tuve la dicha de ver los experimentos que hace Vicente Rojo. Me parece espléndido lo que hace este pintor. Ante todo, un rigor al que no estamos acostumbrados en México, un rigor que podría llamarse racional; al mismo tiempo, una gran sensibilidad para lo que los pintores llaman las texturas, la materia. Éstos son los dos polos de la pintura de Rojo, como lo ha señalado el mejor crítico de pintura que hay en México. Ese crítico, como usted sabe, se llama Juan García Ponce. El caso de Felguérez me apasiona. Felguérez no es propiamente un pintor (aunque también pinta y muy bien); tampoco es un escultor sino un escultor-pintor. Ha hecho grandes murales que son escultura y pintura al mismo tiempo. Es el único artista joven que tiene un sentido de la arquitectura y de la integración de la escultura con la arquitectura. Recordaré, por ejemplo el extraordinario mural del cine Diana (que, por cierto, los exhibidores cubren todos los días con anuncios infames) y el otro mural del Club de Industriales. Este último me parece una obra prodigiosa, llena de gracia y movimiento petrificado, diría. Al ver la obra de Felguérez, encuentro lamentable que los arquitectos mexicanos llamen a colaborar en sus obras a pintores del pasado, a epígonos del muralismo mexicano.

MONSIVÁIS

Uno de los clichés que más se ha empleado a propósito de una nueva generación literaria ha sido el de la antiolemonidad. Dos preguntas: primero, ¿existía una solemnidad anterior tan poderosa que hiciese necesaria esta revuelta y, a su juicio, cómo ha funcionado la antiolemonidad?

PAZ

Yo creo que sí existía y existe todavía una solemnidad mexicana. Toda revolución triunfante engendra una retórica. Naturalmente la rebelión de los muchachos contra la solemnidad no puede tener para mí otro sentido que ser una rebelión contra la retórica de la revolución triunfante. En este sentido ese fenómeno es universal. Ocurre lo mismo ahora en la Unión Soviética. Lo mismo ocurrirá algún día en China. El hecho no es nuevo. Después de la Revolución Francesa y de Napoleón, los artistas y los poetas reaccionaron contra la retórica de esa época. A un pintor como David sucedieron inmediatamente pintores

como Delacroix e Ingres, que fueron, en cierto modo, la negación de la retórica oficial.

MONSIVÁIS

Insisto en pedirle definiciones, ¿cómo definiría su trayectoria en relación a esa preocupación fundamental suya por el lenguaje, expresada en poemas, en ensayos y que, últimamente, ha tenido como resultado evidente la serie de conferencias en torno a Lévi-Strauss?, o quizá la pregunta sería: ¿cómo redactaría usted una breve nota autobiográfica titulada "El lenguaje y Octavio Paz"?

PAZ

Me quedaría callado.

MONSIVÁIS

*Blanco*, su último libro de poemas manifiesta ejemplarmente la actitud experimental infatigable de su obra, la perenne necesidad de renovación. ¿De qué modo explicaría usted el sentido experimental en *Blanco*?

PAZ

Quizá de esta manera: el lenguaje siempre es una pluralidad de significaciones. Esta pluralidad nos hace pensar a veces que el lenguaje, que es la expresión más perfecta de la razón, es al mismo tiempo la expresión más acabada de la sinrazón. Primero porque toda palabra posee una significación. Pero esa significación se ve anulada por otra significación de la misma palabra o de otra palabra. Así pues, lo que me propuse en *Blanco* es la "resolución del lenguaje": la palabra desemboca en el silencio. Sólo que ese silencio al que apunto, ese blanco, es el silencio que está después de la palabra. En consecuencia, es un silencio que podríamos llamar significativo o, más exactamente, un silencio *significante*. Ahora bien, lo que significa ese silencio no lo podríamos decir con palabras ni siquiera en las de la poesía. La poesía apunta hacia ese blanco intocable...

MONSIVÁIS

*Piedra de sol* es uno de sus poemas mayores, más poderosos y totalizadores. ¿Lo considera usted una especie de autobiografía-manifiesto?

PAZ

Hay varios niveles en ese poema. El primero es autobiográfico. Hay, además, otro nivel. Ese poema es, sin proponérselo, la biografía de una generación. Al decir esto no pienso únicamente en la gente de mi edad en México sino de otras partes. *Piedra de sol* ha sido traducido al inglés, francés, checo, alemán y húngaro. Pues bien, lo que me ha impresionado es la reacción de los lectores extranjeros. Tengo muchas cartas y en todas ellas mis correspondientes franceses o ingleses, checos o húngaros, coinciden en ver al poema como el testimonio de una generación.

MONSIVÁIS

¿Esa generación sería la que surge o emerge a fines de los 30 y que tiene como piedra de toque o como sentido unificador de su conciencia la guerra civil española?

PAZ

Claro está.

MONSIVÁIS

Cambiando un poco la temática de las preguntas, y atendiendo a campañas muy recientes y virulentas, una pregunta ejemplar: ¿cuál debe ser el papel de la censura en México?

PAZ

Los escritores no debemos preguntarnos cuál debe ser la fun-

ción o los límites de la censura. La censura, en todos los países sin excluir a México, es nefasta. Así, más bien deberíamos preguntarnos cuál debe ser la posición de los escritores y de los artistas ante la censura. A mi juicio la respuesta es muy simple: debemos oponernos a la censura. Nadie que yo sepa (y mucho menos los burócratas encargados de suprimir y confiscar libros o recortas películas) pueden definir con exactitud lo que significan las palabras obscenidad, por ejemplo, o la palabra virtud o moral. En materia de arte y pensamiento, el régimen ideal en una sociedad realmente civilizada debería ser el de libertad absoluta. Sé que esto es imposible pero nosotros, como escritores, lo que tenemos que hacer es luchar por la libertad. Esto, a mí me parece esencial. Expliquemos al público que la pornografía no está en la obra de arte sino en la moral pervertida de los censores. El *Kama Sutra* no es un libro obsceno: es un clásico y, aún más, un tratado de buenas maneras eróticas...



MONSIVÁIS

Hay dos generaciones que en la vida cultural de este siglo mexicano han ejercido una influencia fundamental. Me gustaría que usted examinara, en primera instancia, a una de ellas: la generación del Ateneo de la Juventud.

PAZ

Los miembros del Ateneo de la Juventud —con la excepción de Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y algún otro— no se dieron cuenta de lo que fue la Revolución Mexicana. Ésa fue la gran limitación de Reyes y de Caso. Sin embargo, pienso que la significación del Ateneo de la Juventud no es esencialmente distinta a la de los Contemporáneos. Los dos grupos abrieron ventanas al universo. Esa es nuestra gran deuda con Reyes y con los Contemporáneos.

MONSIVÁIS

¿Y dentro del Ateneo, cuál sería la significación de ese heterodoxo, José Vasconcelos?

PAZ

De Vasconcelos me apasionan el memorialista y el creador de una época de la cultura de México. El escritor y el hombre de acción. Para Vasconcelos escribir y hacer fueron verbos sinónimos. Imposible olvidar esas confesiones en las que, con inusitada y magnífica violencia, nos entrega una visión no sólo del paisaje y los hombres del México revolucionario, sino de ese personaje deslumbrante que es Adriana, su querida. Tal vez el erotismo pasional de Vasconcelos explica su final conversión al catolicismo. Es uno de los pocos escritores mexicanos que ha tomado en serio a las palabras amor y religión. Otra palabra que tomó en serio: libertad. Fue un rebelde toda su vida, incluso cuando estuvo en el poder y, más tarde, cuando volvió a la Iglesia. La oveja negra entre sus contemporáneos. Pasión y disidencia lo convierten ya que no en un modelo, en un ejemplo. No por sus ideas ni por su lenguaje, sino por su estilo vital. Nunca tiene miedo de quedarse solo y esto, en nuestro medio, es admirable. Fue lo contrario de un personaje oficial —y también lo contrario de un demagogo.

MONSIVÁIS

¿Y los Contemporáneos? Pienso que en un sentido estrictamente intelectual casi todo lo que se está haciendo ahora en México le debe algo a ellos, a su ejemplo, su rigor, su afán de perfección.

PAZ

En los Contemporáneos es notable la actividad crítica, la educativa y la creación. Cuando digo *educativa*, me refiero a sus traducciones y a sus experimentos teatrales y artísticos. Subrayo la excelencia —el rigor y la valentía— de su obra crítica. Todos fueron críticos, lo mismo en sus obras de creación —Gorostiza o Novo— que en sus ensayos sobre literatura moderna (Cuesta

y Villaurrutia). Yo no hubiera podido escribir sobre poesía mexicana sin el estímulo de Cuesta. Lo mismo debo decir de Villaurrutia. Apenas si es necesario recordar que Villaurrutia, gran poeta, fue también un gran crítico de pintura. Uno de los mejores ensayos que se han escrito sobre Rufino Tamayo, es de Xavier. La generación de Contemporáneos fue sobre todo una generación de poetas: Pellicer, Novo, Villaurrutia, Owen, Gorostiza. Este último ha escrito uno de los poemas centrales de la poesía moderna en lengua española: *Muerte sin fin*. En el prólogo a *Poesía en movimiento* ya he dicho lo que pienso y siento sobre este tema. Ahora me gustaría decir que Novo y Villaurrutia son decisivos, además, como prosistas. Novo cambió a la prosa mexicana, hizo que entrara el aire de la calle, el aire del siglo xx. La prosa de Villaurrutia es una máquina de precisión intelectual. Pero es una máquina de una elegancia extraordinaria, esa elegancia que pocas veces tienen las máquinas.

MONSIVÁIS

Se ha dicho que una de las grandes injusticias que usted comete en *Las peras del olmo* es afirmar que Pellicer es un poeta más que de poemas, de instantes poéticos.

PAZ

A mí parece que eso sería más bien un gran elogio. Lo que yo quiero decir es que aun en los poemas más insignificantes de Pellicer siempre hay una o dos líneas que son de gran poeta. Es posible que Pellicer no haya escrito el poema perfecto que todo poeta quisiera escribir, pero también hay que decir que en cada poema de Pellicer hay hallazgos poéticos frente a los cuales todo poeta auténtico siente envidia. El espejismo del poema perfecto puede conducir a la esterilidad o a la repetición, como sucedió con Villaurrutia. "La imperfección es la cima", dice el poeta Bonnefoy.

MONSIVÁIS

Después de los Contemporáneos, de la generación de *Taller* y de la obra de Sabines y Bonifaz, ¿no se advierte un avasallador proceso retórico en la poesía?

PAZ

Todo movimiento poético se resuelve en un estilo. El movimiento poético mexicano, que principia con Tablada y López Velarde, no escapa a ese destino. Ahora bien, a partir de un estilo se pueden hacer obras realmente originales. ¿No es ese el caso de Góngora y de los simbolistas franceses? No vale la pena repetir lo que he dicho sobre los poetas jóvenes en el prólogo de *Poesía en movimiento*. Es suficiente con volver a decir que de ninguna manera me parecen inferiores a los nuevos novelistas. Tampoco es posible cerrar los ojos ante poetas como Sabines, Segovia o Bonifaz Nuño. Los tres están en plena creación. En cambio, quisiera decir algo sobre Zaid. Sus últimos artículos lo revelan como a una de las inteligencias más claras y penetrantes del México de ahora. Quizá Gabriel Zaid se convertirá en el crítico que México necesita: incorruptible y entusiasta, riguroso y generoso. Limpieza en el juego, higiene del espíritu. Otro poeta

—prosista que me interesa— es José Emilio Pacheco. Yo lo llamo en broma “el joven maestro”. Pero es una broma en serio: es un maestro. Ejerce su maestría en ironía y angustia. Su pasión por la forma no es ingenua y así la convierte en una forma que duda de sí misma y se destruye. La forma, como lo vio Gostiza, es lo contrario de la receta.

MONSIVÁIS

¿Cómo considera usted eso que se ha dado en llamar el “fabuloso auge” de la literatura latinoamericana que se resuelve en *slogans* como: por primera vez América Latina, en lo que se refiere a la literatura, está ante los ojos del mundo?

PAZ

Hay grandes escritores latinoamericanos, lo mismo en el campo de la novela que en el campo de la poesía. Se habla más de la novela porque la novela es el género popular de la sociedad moderna. Ahora bien, en lo que se llama el auge universal de la novelística latinoamericana hay varios factores. En primer término, la sociedad industrial necesita descubrir cada año un nuevo novelista y de ahí que los editores busquen desesperadamente manuscritos y no sólo en sus países sino fuera. Esta razón económica explica en parte, que se publiquen, en los Estados Unidos y en Europa, novelas latinoamericanas, africanas, japonesas, etcétera. Además no es exacto que Europa y los Estados Unidos descubran hoy a América Latina: lo que descubren es a un mundo que no existía antes para ellos y ese mundo no se reduce a América Latina. Por supuesto, no quiere decir que no haya grandes escritores en América Latina. No reduzco la significación de nuestra literatura a una circunstancia económica, pero me niego a considerar a esa circunstancia como un signo de valor. Por ejemplo, en la generación anterior a la mía hay un hombre que circula ahora en todas las lenguas: Borges. Sería absurdo decir que es un gran escritor porque lo traducen. Lo que podríamos decir, con remordimiento, es que nuestra crítica no supo valorar su significación universal. Lo mismo podría decirse de Cortázar y de algunos otros.

MONSIVÁIS

De Lezama Lima, desde luego, aunque no sea propiamente un novelista.

PAZ

Lezama Lima es un escritor que admiro desde hace muchos años. No sé si se le pueda llamar un novelista, salvo si se acepta que la novela actual tiende más y más a convertirse en poesía. Usted me preguntaba si *Piedra de sol* es un poema autobiográfico. Creo que podría decirse que es un poema novelesco, en el sentido en que cuenta con símbolos una historia. Esto es lo que ocurre en ciertas novelas de América Latina: son poemas novelescos. Eso son *Rayuela* y *Paradiso*.

MONSIVÁIS

Y el proceso de abundancia en la novela mexicana, ¿cómo se manifiesta?

PAZ

Me parece saludable. Nuestros novelistas empiezan a tener un público porque ya hay en México una clase media y una burguesía que busca su imagen en el libro. Naturalmente lo importante es que esta búsqueda de la imagen se convierta para el lector en una decepción. La significación de la nueva novela mexicana consiste en que sus lectores no se reconocen o se reconocen con horror. Ésta es la diferencia fundamental entre la pintura mural de los años veintes y treintas y la novela, la poesía y el arte de los sesentas. Mientras que la pintura mural nos ofrecía una imagen grandilocuente de México, en la cual los líderes se veían reflejados como héroes, ahora los escritores tratan de destruir esa imagen falsa y mostrar una imagen más profunda y real, lo que está más allá de las apariencias. Tal vez los dos polos de la novela moderna mexicana sean Fuentes y Elizondo. La visión de la ciudad en las novelas de Fuentes es la de las multitudes y la de los solitarios perdidos en esas multitudes. Elizondo nos descubre, con cierta precisión de miope un mundo más secreto. Sus personajes son seres aislados más por fatalidad interior que por circunstancias ajenas. No se enfrentan a los otros, sino al vacío, a los cuatro muros de una habitación. El erotismo de Fuentes está tatuado de signos históricos, fechas, máscaras. El erotismo como fiesta. El de Elizondo es ritual y atemporal: una ceremonia subterránea. Los dos son “manieristas”, en el buen sentido de la palabra, es decir, en el del arte del siglo xvii y también de esta segunda mitad del siglo xx. Otro escritor en el que el erotismo ocupa un lugar central es Juan García Ponce. Pienso sobre todo en sus cuentos, que es lo que más me gusta de su obra de creación. El erotismo de García Ponce es psicológico, diría, y esto lo distingue de la *fiesta* de Fuentes tanto como de la *memoria* de Elizondo. La desnudez de la prosa de García Ponce, ha engañado a muchos: esa llaneza no es simple sino rigurosa. Su prosa dice por *omisión*. Es una forma de la reticencia como la de Fuentes es la forma de la explosión y la de Elizondo de la fijeza.

MONSIVÁIS

¿Y sobre los novelistas más recientes: Leñero, Sainz, José Agustín, Fernando del Paso?

PAZ

La crítica ha sido injusta con Fernando del Paso. Es verdad que hay demasiada premeditación en su novela, demasiada ingeniería; también hay una geografía y una geometría míticas. Y fragmentos notables, como el del incesto. Pero no sería honrado de mi parte hablar de los novelistas más recientes: los conozco mal. Apenas hasta ahora empiezo a leer a Leñero, Sainz, José Agustín. No obstante, puedo decir algo: por su actitud desafiante y sus desplantes animan a la literatura mexicana y la convierten en lo que debe ser: un juego irrespetuoso aunque regido, como todos los juegos, por reglas precisas e implacables. Eso está bien. Ahora que los grandes animadores de estos últimos años son Fernando Benítez, usted, y Piazza, el contradictor. El gran antídoto contra la literatura es la disolución de la literatura —sólo que ese es el acto literario por excelencia—.

MONSIVÁIS

¿Qué piensa del ensayo mexicano en la actualidad?

PAZ

En *Puertas al campo*, especialmente en "El precio y la significación" me ocupé de algunos ensayistas. No repetiré aquí lo que he escrito sobre Villoro, Xirau y otros. Usted conoce mi estimación por la obra de Xirau, sobre todo en el campo de la crítica de la poesía. Es una lástima que no leamos con más frecuencia textos de Luis Villoro. Sus intervenciones en la Mesa Redonda sobre Lévi-Strauss fueron memorables por su agudeza y nitidez. También es lamentable que Segovia no haya publicado aún un volumen o dos de ensayos... García Terrés acaba de publicar un libro sobre Freud. Aún no lo he leído pero tengo confianza en su talento crítico. Ojalá que se decidiese, algún día, a escribir crítica literaria. Nos hace tanta falta como la crítica filosófica, política y social. Pienso en verdad que lo que necesitamos con más urgencia son "moralistas" en el sentido francés de esa palabra. Es una tradición española y mexicana, desde Larra: crítica de las creencias y de las costumbres, los usos y las instituciones, la moral social y la vida erótica. En suma: crítica literaria y literatura crítica.

MONSIVÁIS

De un modo bastante evidente usted inicia la tarea de aportar una versión mexicana de la cultura oriental, aparte de encarnar como todos los grandes escritores mexicanos, Alfonso Reyes notoriamente, una versión mexicana de la cultura occidental. ¿Cómo describiría usted ese encuentro de la cultura oriental con la cultura occidental, en su propia obra creativa?

PAZ

No es accidental mi interés por el Oriente. Tampoco me parece que sea una excentricidad. Creo que realmente Occidente está a punto de descubrir ciertas verdades que Oriente había descubierto ya. Es asombroso, por ejemplo, el parecido que tiene el Budismo con ciertas ideas de Lévi-Strauss. La tentativa de Reyes, Cuesta o Villaurrutia consistió en reinsertar a la cultura mexicana en el contexto europeo. Me explicaré: Sor Juana pertenecía de un modo natural a la cultura española, en ese momento en que ya España empezaba a desprenderse de Europa. Esa relación se alteró desde la Independencia o, más exactamente, desde el siglo XVIII. Tanto el Ateneo como los Contemporáneos trataron de reinsertar a México en lo universal. Para ellos lo universal era, claro está, Occidente. Pero ahora sabemos que Occidente es sólo una parte de la herencia humana. Occidente descubre al arte negro a principios de este siglo y ahora ese mismo Occidente empieza a coincidir con Oriente —no con el moderno, sino con sus grandes tradiciones filosóficas y religiosas.

MONSIVÁIS

Una de las preocupaciones de su obra ensayística es la relación de México con los Estados Unidos que en *El laberinto*

de la soledad produce ese capítulo: "El pachuco y otros extremos". ¿Cuál sería una visión muy sintética de esa relación de México con los Estados Unidos?

PAZ

Diría que es una relación de contradicción complementaria, y no solamente porque somos vecinos sino porque representamos distintas versiones de Occidente en América. Así es que yo encuentro una suerte de incompatibilidad entre los Estados Unidos y nosotros. Esa incompatibilidad no significa que yo sea un antiamericano o un nacionalista mexicano. Simplemente me doy cuenta que el diálogo entre ellos y nosotros es muy difícil, casi siempre imposible. En suma, ese diálogo tiene que ser *siempre* un diálogo contradictorio.

MONSIVÁIS

¿Cómo resumiría usted el panorama de la poesía actual?

PAZ

La evolución poética en el mundo moderno ha sido distinta en inglés, francés y español. En lengua inglesa hubo una gran revolución simbolizada por dos o tres nombres: Pound, Eliot, Stevens, etcétera. Son escritores que tratan de reconquistar la herencia europea. En cierto modo representan una crítica, una reacción frente a Whitman. Son poetas que, a la inversa de Blake y Whitman se propusieron reconquistar la herencia europea. En este sentido, Eliot y Pound fueron poetas antirománticos, poetas clasicistas como lo fue en su época Milton. Los descendientes inmediatos, como Robert Lowell y Berryman, han seguido esta tendencia. En cambio poetas más jóvenes (pienso, por ejemplo, en Ginsberg) encarnan una reacción contra ese europeísmo, contra este clasicismo de Pound y de Eliot. Así se entroncan también, curiosamente, con otra tradición europea: la tradición romántica europea. De ahí que haya grandes coincidencias entre el surrealismo y la poesía *beat*. El fenómeno en lengua española es completamente distinto. La poesía moderna de lengua española, como la poesía moderna de lengua francesa, fueron y son revueltas contra el clasicismo. O sea: nuestra tradición moderna es fundamentalmente romántica, desde la época simbolista hasta el surrealismo, etcétera. El cambio que se operó en los años cincuenta en la poesía de lengua inglesa, (*beats* y demás) ya había sido realizada en América Latina por poetas como Huidobro, Neruda, Vallejo y, en México, por Novo, Villaurrutia, Pellicer, etcétera.

MONSIVÁIS

Y una pregunta final, ¿cuál sería la vigencia actual del surrealismo?

PAZ

Yo no creo que el surrealismo haya tenido nunca vigencia. La función del surrealismo, a mi juicio, es *no ser vigente*. Ser la *otra voz*, la otra cara de la sociedad. La voz secreta, subterránea, la voz disidente. El surrealismo es la enfermedad constitucional, la enfermedad congénita de la civilización occidental. Su enfermedad sagrada.

# Dos documentos para la historia de la prehistoria

por Juan Comas

La prehistoria, como ciencia, es relativamente moderna; apenas un siglo de existencia. Fue exactamente en agosto de 1866 cuando se pudo organizar y celebrar en Neuchâtel (Suiza) el Primer Congreso Internacional de Antropología y Arqueología prehistóricas. Apenas dos años antes, en 1864, había fundado Gabriel de Mortillet, en París, la revista titulada *Materiales para la historia natural y primitiva del Hombre*. Son bien conocidos los obstáculos de varia índole, pero sobre todo los derivados de una errónea interpretación de ortodoxia religiosa, que retrasaron durante muchas décadas, quizás siglos, el conocimiento del hombre (física y culturalmente hablando), en sus primeras etapas evolutivas.

Claro que, como ocurre en todos los campos de la investigación, hubo precursores que lucharon aisladamente y muchas veces sin el menor éxito tratando de que prevalecieran sus ideas al respecto. Entre otros merecen recuerdo Leonardo da Vinci (1452-1519), Bernard de Palissy (1510-1590), Michaelis Mercati (1541-1593), con su famosa obra *Metallototeca, opus posthumum* que no se publicó hasta 1717, a los 124 años de la muerte de su autor. En 1797 dio a conocer John Frere, en la Sociedad de Anticuarios de Londres, una serie de instrumentos líticos que atribuía con gran acierto "a un periodo verdaderamente antiguo, mucho más allá del mundo actual". Pero estos —y otros— intentos por remontarse en el pasado prehistórico del hombre, cayeron en el vacío y la indiferencia, si es que no motivaron persecuciones.

La ciencia oficial, simbolizada en Francia por Elie de Beaumont (1798-1874), Secretario perpétuo de la Academia de Ciencias, opuso tenaz resistencia a todo avance en ese campo de la investigación; incluso deteniendo la publicación de trabajos de positiva importancia.

Es en ese ambiente cuando surge la personalidad de Boucher de Perthes (Jacques Boucher de Crevecoeur de Perthes), nacido en 1788 y fallecido en 1868. Descendiente de una familia aristócrata, persona muy erudita, entusiasta de las antigüedades y

Actes de la  
n° 1.  
Revue de la  
Préhistoire  
1860

Monsieur sousigné François Duchossois  
Terrassien à Cambren près le Bévillie, alpe  
Coubis terrassien demurant faubourg Mouchaux  
les Abbévillie rue Du-haut n° 47, Gédéon  
Garçon<sup>terrasien</sup> demurant à Mantot rue impasse  
de la fontaine, et E. Théophile Duchossois  
Terrassien demurant à Mantot sur la route  
allant à Cambren, Certifions que le 10  
février 1869 travaillant comme à l'ordinaire  
à la carrière de Caillou (silex) de Messire  
à gauche de la route de Gamalthe, placé à une  
hauteur de 7 à 8 mètres au dessus et plus  
haut que cette route, à 21 kilomètres  
de l'Abbévillie et cinq kilomètres de Gamalthe  
nous avons trouvé en extrayant les Dits  
cailloux, en présence de M. Gammont curé  
de Messire à la profondeur de un mètre  
cinquante à soixante dix centimètres savoir:

Terre végétale pure	-----	centimètres 40
Terre végétale mêlé d'argile	-----	20
argile pure	-----	40
Sable jaune mêlé de cailloux parmi lesquels étaient des coquilles et coquilles de silex ou cailloux	-----	60
		<u>Total 160</u>

*Certes terrenos non remouidos et perfectamente naturales, hemos encontrado, decimos, los restos de un hombre, o sea el cráneo roto, una parte de la mandíbula con los dientes, los huesos de brazos y piernas. Estos huesos tenían el mismo color de la tierra, a igual que las piedras talladas o rotas entre las cuales estaban en el terreno natural y no removido, como cada uno puede ver todavía; cuyos huesos y piedras llevamos inmediatamente al señor Boucher de Perthes, Presidente de la Sociedad Imperial de Emulación de Abbeville, calle de Minimes núm. 27, tal como nos lo había recomendado al ordenarnos trabajar en dicha cantera de Mesnière, del mismo modo como le llevamos durante varios meses las piedras que con frecuencia encontramos a igual profundidad o encima del banco de arena de donde recogimos los huesos humanos.*

*Certifico por estos suscritos a*  
*Abbeville, el día martes 23 febrero 1862*

*Signé: Toullier Alfredo*  
*Signé: Duchossois*

*Josephik Duchossois et Fiches en*  
*terre silex, Gedeon Garson a fait la*  
*même déclaration. Tout fait leur croit*  
*en présence des suscrits*

*+*  
*Signé: J. Boucher de Perthes*  
*Signé: Landot*

*Certifié conforme au procès*  
*verbal rédigé par mes collègues*  
*de la Société impériale d'Emulation de la Somme*  
*Abbeville le 17 mai 1863*



*J. Boucher de Perthes*

Depósito diluvial  
 de  
 Mesnière (Somme)

Los suscritos, Francisco Duchossois, jornalero de Cambron, cerca de Abbeville, Alfredo Toullier, jornalero habitando el barrio de Menhecourt de Abbeville, calle de Arriba núm. 17, Gedeón Garson jornalero que habita en Mautort, calle cerrada de la Fuente y Teófilo Duchossois, también jornalero con residencia en Mautort sobre la carretera hacia Cambron, *certificamos* que el 10 de febrero de 1862 trabajando como de costumbre en la cantera de silex de Mesnière, a la izquierda del camino a Gamache, situada a una altura de 7 a 8 metros sobre y más alto que dicho camino, a 21 km. de Abbeville y a 5 km. de Gamache, encontramos y extrajimos distintas piedras en presencia del señor Cumont, cura de Mesnière, de una profundidad de 1.50 m. a 0.70 m., en la siguiente forma:

- tierra vegetal pura ..... 40 cm.
  - tierra vegetal mezclada con arcilla ..... 20 cm.
  - arcilla pura ..... 40 cm.
  - arena amarilla mezclada con piedras entre las cuales estaban puntas y cuchillos de silex o piedra ..... 60 cm.
- 1.60 m.

Todos los terrenos sin trazas de haber sido removidos y perfectamente naturales, hemos encontrado, decimos, los restos de un hombre, o sea el cráneo roto, una parte de la mandíbula con los dientes, los huesos de brazos y piernas. Estos huesos tenían el mismo color de la tierra, a igual que las piedras talladas o rotas entre las cuales estaban en el terreno natural y no removido, como cada uno puede ver todavía; cuyos huesos y piedras llevamos inmediatamente al señor Boucher de Perthes, Presidente de la Sociedad Imperial de Emulación de Abbeville, calle de Minimes núm. 27, tal como nos lo había recomendado al ordenarnos trabajar en dicha cantera de Mesnière, del mismo modo como le llevamos durante varios meses las piedras que con frecuencia encontramos a igual profundidad o encima del banco de arena de donde recogimos los huesos humanos.

Certificado por nosotros, los suscritos, en Abbeville el domingo 23 de febrero de 1862.

*firmado:* Toullier, Alfredo *firmado:* Duchossois

Teófilo Duchossois ha declarado no saber firmar, Gedeón Garson hace la misma declaración y ambos han puesto una cruz en presencia de los suscritos.

X

X

J. Boucher de Perthes (*firmado*) Landot (*firmado*)

Certificado conforme al Acta original, por mí como Presidente de la Sociedad Imperial de Emulación del Departamento del Somme.

Abbeville 17 de mayo de 1863  
 J. Boucher de Perthes.

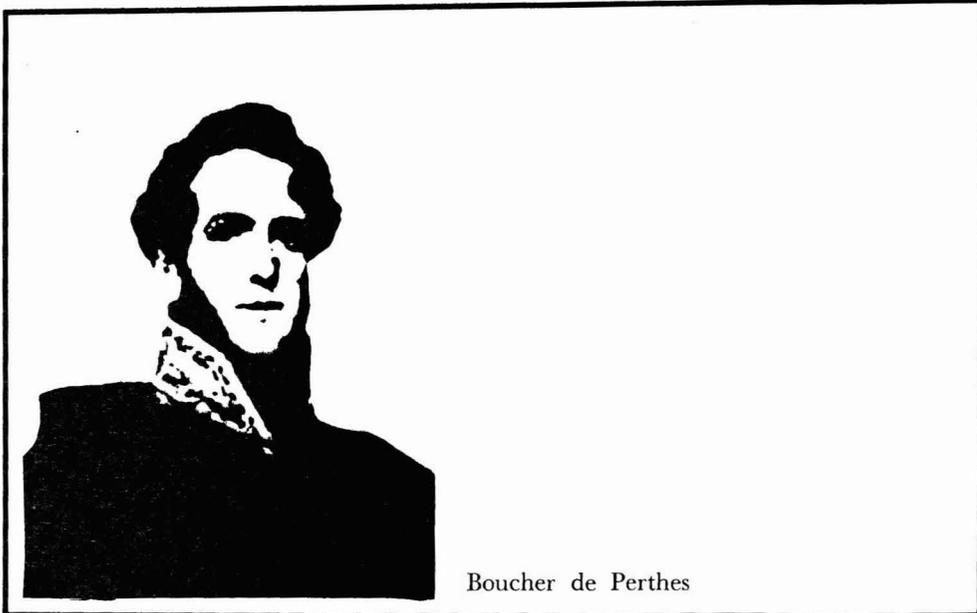
coleccionista de fósiles, ejercía el cargo de director de Aduanas en Abbeville, al norte de Francia, ciudad situada entre Amiens y el canal de la Mancha.

Fue al finalizar 1838 cuando logró extraer de sus excavaciones en terrenos entonces llamados "diluviales", las primeras hachas de piedra; sus continuados hallazgos de material lítico en capas sedimentarias de positiva antigüedad, que Boucher de Perthes calificaba de "terciarias" si bien en realidad corresponden al "cuaternario", fueron dados a conocer periódicamente en la llamada *Sociedad Imperial de Emulación*, establecida en Abbeville. A fines de 1846 publicó Boucher de Perthes un volumen acerca *De la industria primitiva o las artes en su origen*, donde expuso sus descubrimientos hablando de la existencia del hombre "antediluviano", contemporáneo de especies animales fósiles ya extinguidas en Europa. Tal libro constituye el tomo I de lo que tituló *Antigüedades célticas y antediluviales*; el tomo II de esta obra monumental apareció 12 años más tarde en 1858.

Las ideas de Boucher de Perthes, resultado de las innumerables muestras de la cultura lítica de los hombres "antediluvianos" que logró reunir, tropezaron con gran resistencia de la que ofrecemos un ejemplo.<sup>1</sup> En 1843 se trataba de crear en París un Museo de Antigüedades Nacionales. Para tal finalidad Boucher de Perthes hizo donación —aceptada oficialmente— de su gran colección de piezas líticas, y otras, descubiertas en el Departamento del Somme (Abbeville y localidades próximas). A los 5 años, en 1848, desesperado por las dilaciones burocráticas y el tiempo perdido, hizo construir una galería especial en su propia casa de Abbeville para instalar su colección... Únicamente en diciembre de 1863 (o sea 20 años después de la donación) y cuando la opinión le era abiertamente favorable, las instituciones oficiales recordaron su compromiso y se estableció en París el Museo céltico antediluviano... No se trataba de indiferencia y menos de ignorancia por parte de los dirigentes de las Academias de Ciencias

<sup>1</sup> El distinguido arqueólogo Márquez Miranda publicó en 1959 un interesantísimo libro titulado *Siete arqueólogos, siete culturas* (932 pp.), en el cual dedica las pp. 31-199 a "Un precursor: Boucher de Perthes", donde hace un magnífico estudio informativo y crítico de la obra de este gran pionero de la prehistoria francesa.





Boucher de Perthes

de piedra de las recogidas por Boucher de Perthes, quedó patente la clara discrepancia entre los miembros que reconocían decididamente el trabajo humano en tales instrumentos (Broca, Lagneau, Bertillon, Trelat) y quienes no sólo manifestaban dudas sino que incluso las consideraban resultado de la acción natural (Castelnau, Baillarger, Verneuil y otros).

Los hallazgos de instrumentos de piedra en la región de Abbeville, iniciados por Boucher de Perthes, han sido de tal interés e importancia para la Prehistoria, que existe todo un periodo cultural de técnica lítica peculiar que ha tomado el nombre de la región y se conoce actualmente como *Abbevillien*.

A esa época, a ese ambiente y a ese gran precursor corresponden los dos documentos originales que hoy damos a conocer.

Con motivo de mi reciente permanencia en París para efectuar algunas investigaciones en el Museo del Hombre, gracias a la Comisión concedida por la Universidad y al patrocinio de la Wenner Gren Foundation, tuve oportunidad de examinar el archivo existente en el Departamento de Antropología de dicho Museo.

Entre otros documentos estaban dos Actas, debidamente suscritas y certificadas, describiendo los resultados de dos excavaciones efectuadas en un depósito arenoso de Mesniere, departamento del Somme, en las proximidades de Abbeville. Las fechas de los hallazgos son 10 y 26 de febrero de 1862; las Actas se firmaron respectivamente en 23 de febrero y 2 de marzo del mismo año. La certificación de Boucher de Perthes, para ambos documentos, es de 17 de mayo de 1863.

El hallazgo de estas dos Actas fue debido al azar; se localizaron entre otros documentos heterogéneos, reunidos bajo la misma cubierta por corresponder todos ellos al año de 1862. ¿Por qué se encuentran aisladas, en vez de formar parte del archivo de Boucher de Perthes, en el supuesto de que éste exista?, ¿quién las trajo desde Abbeville depositándolas en el Museo del Hombre?, ¿cuándo?, ¿con qué finalidad? He aquí una serie de interrogantes para las cuales se carece de respuesta; los hechos son tal como los hemos expuesto.

¿Son inéditos los documentos que re-

producimos junto con su versión al castellano? No es posible afirmarlo categóricamente, pero tenemos muchas y fundadas razones para creerlo así:

1] En la búsqueda de trabajos de Boucher de Perthes, publicados con posterioridad a mayo de 1863, última fecha de los documentos transcritos, encontramos un artículo presentado a la Sociedad de Antropología de París en sesión de 4 de agosto de 1864, leído en la del 18 del mismo mes, con el título de *Nouvelles découvertes d'os humaines dans le diluvium, en 1863 et 1864*; pero en el mismo trata, exclusivamente, de los hallazgos efectuados en Moulin Quignon, sobre todo la mandíbula; sólo hay una ligera alusión a las excavaciones en el banco arenoso de Mesniere cuando dice que, en dicho lugar, "los huesos fósiles se presentan enteros. Si hay algunos erosionados, son excepcionales y se han recogido en las capas menos profundas".<sup>3</sup>

2] Ignoramos que existan otros estudios de Boucher de Perthes posteriores al de Moulin Quignon; hasta su fallecimiento en 1868 no aparece en los *Bulletins* de la Sociedad de Antropología de París ningún otro trabajo de nuestro investigador.

3] Cabe suponer que el estudio y publicación sobre los restos óseos recogidos, en Mesniere en 1862, se pospuso para dar preferencia a otros considerados de mayor importancia, como el de Moulin Quignon,<sup>4</sup> y que más tarde, dada su avanzada edad pues contaba ya con 76 años, no tuvo Boucher de Perthes oportunidad o posibilidad de emprender la tarea.

4] Pudiera pensarse que en alguna revista local de Abbeville, hubiera dado cuenta Boucher de Perthes de ese hallazgo de restos humanos en las excavaciones de Mesniere, efectuadas en febrero de 1862; pero aun en tal caso no es probable que reprodujera las Actas originales que encontramos en París. Por todo ello no creemos superfluo nuestro ensayo para un mejor y más amplio conocimiento de esa etapa inicial de donde surge la ciencia prehistórica.

<sup>3</sup> Publicado en *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, tomo 5, pp. 730-760. 1864. (Cita en p. 731.)

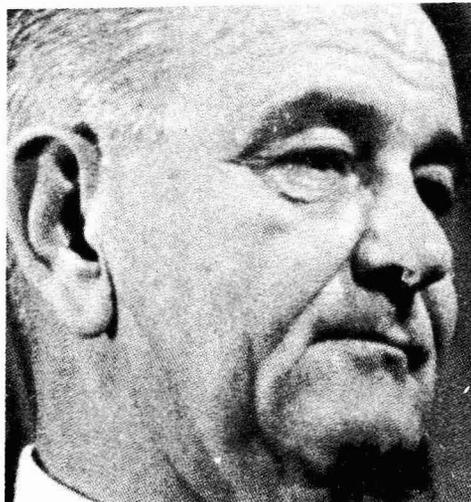
<sup>4</sup> Incidentalmente, el famoso caso de la mandíbula de Moulin Quignon resultó ser un escandaloso fraude arqueológico del que fue víctima la buena fe de Boucher de Perthes. Véase *Les fraudes en Archéologie Préhistorique*, por A. Vayson de Pradenne, pp. 65-101. Paris, 1932.

# Ho-Chi-Minh/Lyndon B. Johnson

## Cartas Cruzadas

*A principios de este año, el embajador de los Estados Unidos en la URSS, entregó al de la República Democrática de Vietnam una carta de Johnson dirigida a Ho-Chi-Minh. Días después, el embajador de la RDV entregaba al norteamericano la respuesta del gobernante de Vietnam. Recientemente, el Departamento editorial de lenguas extranjeras de Hanoi, ha publicado las dos cartas, en las que un atento lector advertirá, en la de Ho-Chi-Minh, algunos de los argumentos de Benito Juárez; lo cual puede afirmarse, sin paralelismos ficticios, porque se trata de argumentos clásicos que son contemporáneos por su veracidad.*





---

A su excelencia Ho-Chi-Minh.  
Presidente.  
República Democrática de Vietnam.

Estimado señor presidente

---

Yo os escribo con la esperanza de que se pueda poner fin al conflicto en Vietnam. Este conflicto ha causado considerables daños en vidas perdidas, en heridos, en bienes destruidos y en dolor del ser humano. Si nosotros no pudiéramos hallar una solución justa y pacífica, la historia nos juzgará severamente.

Por tanto yo creo que nosotros tenemos la obligación de buscar seriamente una vía que conduzca a la paz. Es por responder a esta obligación que yo os escribo directamente. En el curso de los últimos años pasados, nosotros hemos probado, por varios medios y vías, de transmitiros, así como a vuestros colegas, nuestro deseo de llegar a un arreglo pacífico. Por una u otra razón estos esfuerzos nuestros no han producido ningún resultado. Puede ser que nuestros pensamientos y los vuestros, nuestras actitudes y las vuestras, hayan sido deformados o mal interpretados al comunicarlos por vías diferentes. Es evidente el riesgo de las comunicaciones indirectas.

Hay un buen método para superar este problema y avanzar en la búsqueda de un arreglo pacífico. Se trata de arreglar las conversaciones directas entre nuestros representantes de confianza en un ambiente seguro y privado. Tales conversaciones no se deben utilizar con fines de propaganda, al ser consideradas como un esfuerzo serio para hallar una solución eficaz y mutuamente aceptable.

En el curso de las dos últimas semanas he notado las declaraciones públicas de los representantes de vuestro gobierno en las que se sugiere que vosotros estaríais dispuestos a entablar conversaciones bilaterales directas con los representantes del gobierno norteamericano con tal que nosotros cesemos "incondicionalmente", y de manera permanente, nuestros bombardeos, así como todos los actos militares contra vuestro país. En estos últimos días, grupos serios y responsables nos han asegurado indirectamente que es, de hecho, vuestra proposición. Quisiera declarar francamente que he visto dos grandes dificultades en esta proposición. Primero, debido a vuestra proposición pública, tal acción, de nuestra parte, dará inevitablemente lugar, en el mundo entero, a rumores de que las discusiones están en cur-

so y dañará el carácter privado y secreto de estas discusiones. Segundo, hará inevitable, para nosotros, una grave inquietud sobre la posibilidad de que vuestro gobierno aproveche tal acción nuestra para mejorar vuestra posición militar.

Teniendo en cuenta estas cuestiones, estoy dispuesto a avanzar hacia el cese de las hostilidades, más lejos de lo que vuestro gobierno no ha propuesto aún, sea por declaraciones públicas, sea por vías diplomáticas, privadas. Estaré dispuesto a dar orden para poner fin a los bombardeos sobre vuestro país y a practicar el cese de los aumentos de las fuerzas norteamericanas en el sur de Vietnam tan pronto como yo tenga la seguridad de que la infiltración al sur de Vietnam, por tierra o por mar, hubiera cesado. Estos actos de moderación de las dos partes nos permitirán, creo yo, entablar discusiones serias y privadas que encaminarán a una paz próxima.

Yo os presento esta proposición con un significado agudo de la urgencia que surge ante las venideras fiestas del Año Nuevo en Vietnam. Si pudierais aceptar esta proposición, yo no vería las razones que le impedirían tener efecto después de las fiestas del Año Nuevo, o sea el Tet. La proposición que he hecho sería considerablemente reforzada si vuestras autoridades militares y las del gobierno de Vietnam del Sur pudieran negociar prontamente una extensión de la tregua del Tet.

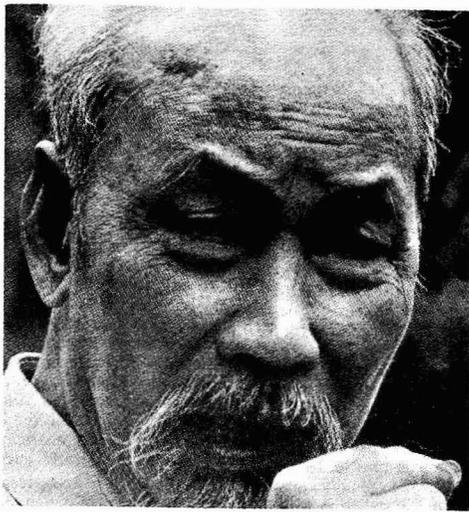
En cuanto al lugar de las discusiones bilaterales que yo propongo, hay muchas posibilidades de que podremos, por ejemplo, enviar a nuestros representantes a encontrarse en Moscú. Pudieran encontrarse en algunos otros países como Birmania. Pudierais tener en cuenta otros arreglos o medios, y yo me esforzaría por responder a vuestras sugerencias.

Lo que es importante es poner coto al conflicto que constituye una carga para nuestros dos pueblos y, sobre todo, para el pueblo de Vietnam del Sur. Si tuvierais algunas ideas sobre las acciones que yo propongo, sería más importante que yo las recibiera lo más pronto posible.

Sinceramente

LYNDON B. JOHNSON

---



---

A su excelencia, señor Lyndon B. Johnson.  
Presidente,  
Estados Unidos de América.

Su excelencia

---

El 10 de febrero de 1967 recibí su mensaje. Ésta es mi respuesta.

Vietnam se encuentra a miles de millas de distancia de Estados Unidos. El pueblo vietnamita jamás ha hecho daño alguno a Estados Unidos. Pero contrariamente a las promesas formuladas por su representante en la Conferencia de Ginebra de 1954, el gobierno de Estados Unidos ha intervenido incesantemente en Vietnam, ha desencadenado e intensificado la guerra de agresión en Vietnam del Sur con vistas a prolongar la partición de Vietnam y convertir Vietnam del Sur en una neocolonia y base militar de Estados Unidos. Desde hace más de dos años, el gobierno de Estados Unidos ha extendido la guerra a la República Democrática de Vietnam, un país independiente y soberano.

El gobierno de Estados Unidos ha cometido crímenes de guerra, crímenes contra la paz y contra la Humanidad. En Vietnam del Sur, medio millón de tropas norteamericanas y satélites han recurrido a las armas más inhumanas y los más bárbaros métodos de guerra, tales como el *napalm*, productos químicos tóxicos y gas para masacrar a nuestros compatriotas, destruir cosechas y arrasar aldeas. En Vietnam del Norte, miles de aviones norteamericanos han lanzado cientos de miles de toneladas de bombas, destruyendo ciudades, fábricas, carreteras, puentes, diques, represas e incluso iglesias, pagodas, hospitales, escuelas. En su mensaje usted, aparentemente, deplora los sufrimientos y destrucción en Vietnam. Si me permite preguntarle: ¿Quién ha perpetrado estos crímenes monstruosos? Han sido las tropas norteamericanas y satélites. El gobierno de Estados Unidos es totalmente responsable de la extremadamente seria situación en Vietnam.

La guerra de agresión de Estados Unidos contra el pueblo vietnamita constituye un reto a los países del campo socialista, una amenaza al movimiento por la independencia nacional y un serio peligro a la paz en Asia y el mundo.

El pueblo vietnamita ama profundamente la independencia, la libertad y la paz. Pero frente a la agresión norteamericana

se ha elevado, unido como un solo hombre, sin temor a los sacrificios y calamidades, y está decidido a proseguir su resistencia hasta obtener la verdadera independencia y libertad y la paz verdadera. Nuestra justa causa goza de fuertes simpatías y el apoyo de los pueblos del mundo entero, incluyendo amplios sectores del pueblo norteamericano.

El gobierno de Estados Unidos ha desencadenado la guerra de agresión en Vietnam y debe cesar esta agresión. Ésa es la única vía para el restablecimiento de la paz. El gobierno de Estados Unidos debe definitiva e incondicionalmente cesar sus bombardeos aéreos y otros actos de guerra contra la República Democrática de Vietnam, retirar todas sus tropas y sus satélites de Vietnam del Sur, reconocer al Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur y dejar al pueblo vietnamita resolver sus asuntos por sí mismo.

Tal es el concepto básico de la posición de cuatro puntos del gobierno de la República Democrática de Vietnam, que comprende los principios esenciales y mandatos de los Acuerdos de Ginebra de 1954 sobre Vietnam. Ésta es la base de una solución política correcta del problema vietnamita.

En su mensaje, usted sugiere conversaciones directas entre la República Democrática de Vietnam y Estados Unidos. Si el gobierno de Estados Unidos desea de veras estas conversaciones debe ante todo suspender incondicionalmente sus bombardeos aéreos y todos los otros actos de guerra contra la República Democrática de Vietnam. Sólo después del cese incondicional de los bombardeos aéreos norteamericanos y todos los otros actos de guerra contra la República Democrática de Vietnam podrán la República Democrática de Vietnam y los Estados Unidos iniciar conversaciones y discutir asuntos que conciernen a ambas partes.

El pueblo vietnamita jamás se rendirá ante la fuerza, y nunca aceptará conversaciones bajo la amenaza de las bombas.

Nuestra causa es absolutamente justa. Esperamos que el gobierno de Estados Unidos actúe de acuerdo a la razón.

Sinceramente

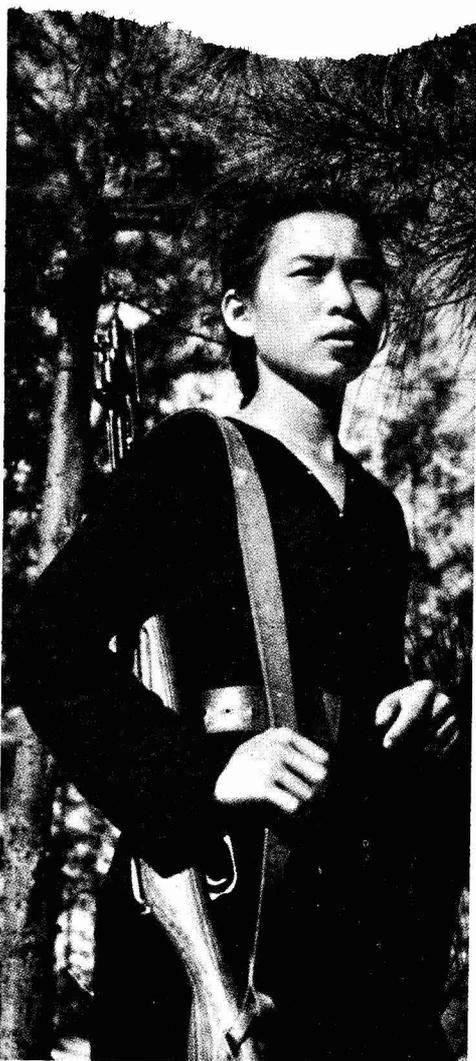
---

HO-CHI-MINH

# Algunas semanas bajo tierra con los campesinos vietnamitas

por Joris Ivens \*

\* El cineasta Joris Ivens, vivió, a partir de febrero, en Vietnam del Norte. Ha filmado, junto con su ayudante Marceline Loridan, escenas de la vida cotidiana en Hanoi. Estas escenas, se incluirán en una película colectiva realizada por Chris Marker, William Klein, C. Lelouch, J. L. Godard, A. Resnais y Agnes Varda. Ivens vivió del 25 de abril hasta mediados de julio en las ciudades próximas al paralelo 17. Ahí, realizó otro filme que aparecerá en octubre, y es al que se refieren estas notas.



Un pueblo cercano al paralelo 17... *Hen ap!* La clase está camuflada a muchos metros bajo tierra. Treinta alumnos de siete a diez años repiten en voz alta: *Hen ap!* El instructor corrige: *Hands up!* (Arriba las manos.) *Hands up!* repiten los escolares.

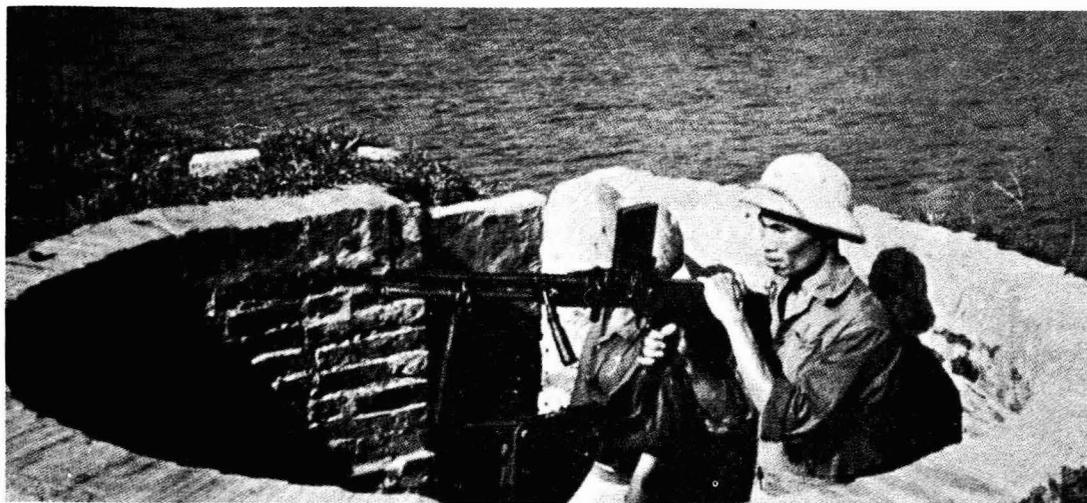
Diez minutos más tarde, regresamos a la superficie. Un muchacho se esconde tras un plátano. Una banda de chiquillos corre a través de un arrozal y lo descubre, todo tembloroso. *Hands up!*, le gritan, armados con sus fusiles de bambú. Han aprendido bien la lección. El "piloto", abatido, alza los brazos. Los niños han capturado un "piloto norteamericano". Están muy satisfechos de haberlo hecho. La escena se desarrolla a unos cuantos kilómetros del paralelo 17. En un poblado, el comandante adjunto de la milicia popular local, una muchacha de veintitrés años, me dijo: *Son arrogantes en el cielo, con sus F-105 y sus FH-4. Una vez que su avión es abatido, cambian. Todos tienen malaria.*

En el norte, en la parte superior de Hanoi, "ellos" son menos fieros; hostigados por una D.C.A. muy densa, por los fusiles Sam, los Migs y los globos. Aquí, en el paralelo 17, el cielo es menos peligroso para ellos. Sin embargo, las autoridades locales aseguran que en la provincia de Quang-Binh y en el distrito de Vinh-Linh, han sido derribados más de trescientos aviones desde 1965. Un gran número de pilotos han sido capturados. En sus correrías aéreas, particularmente en este sector, se han dado cuenta, al observar las rápidas respuestas de la población y la vida subterránea de los campesinos, de que son advenedizos en uno de los frentes más importantes de la guerra colonial más grande de la historia. Cada uno lucha y desea vencer, movilizandó toda su inteligencia, todo su coraje contra el coloso dotado de una poderosa técnica y que desea dominar.

Filmar esta línea imaginaria que representa el paralelo 17 significa filmar la ribera Ben Hai. Al norte y al sur del curso

del río, sobre cinco kilómetros, se encuentra la famosa zona desmilitarizada por los acuerdos de Ginebra en 1954. El 15 de mayo, cuando llegamos acompañados de dos cineastas vietnamitas, a la ribera norte de la zona desmilitarizada, quince batallones de "marines" pertenecientes a la fuerza de intervención de la séptima flota, desembarcaron, también por helicóptero, en la parte meridional. Deseaban crear una "zona blanca". De hecho, han ennegrecido todo, incendiado los poblados; los techos de paja, las camas, el arroz, el ganado. A lo lejos vimos, más hacia el sur, cómo, alrededor de las bases norteamericanas se elevaban las llamas, el polvo y las columnas de humo. Esos fueron





los resultados de la Operación *Fradera A*.

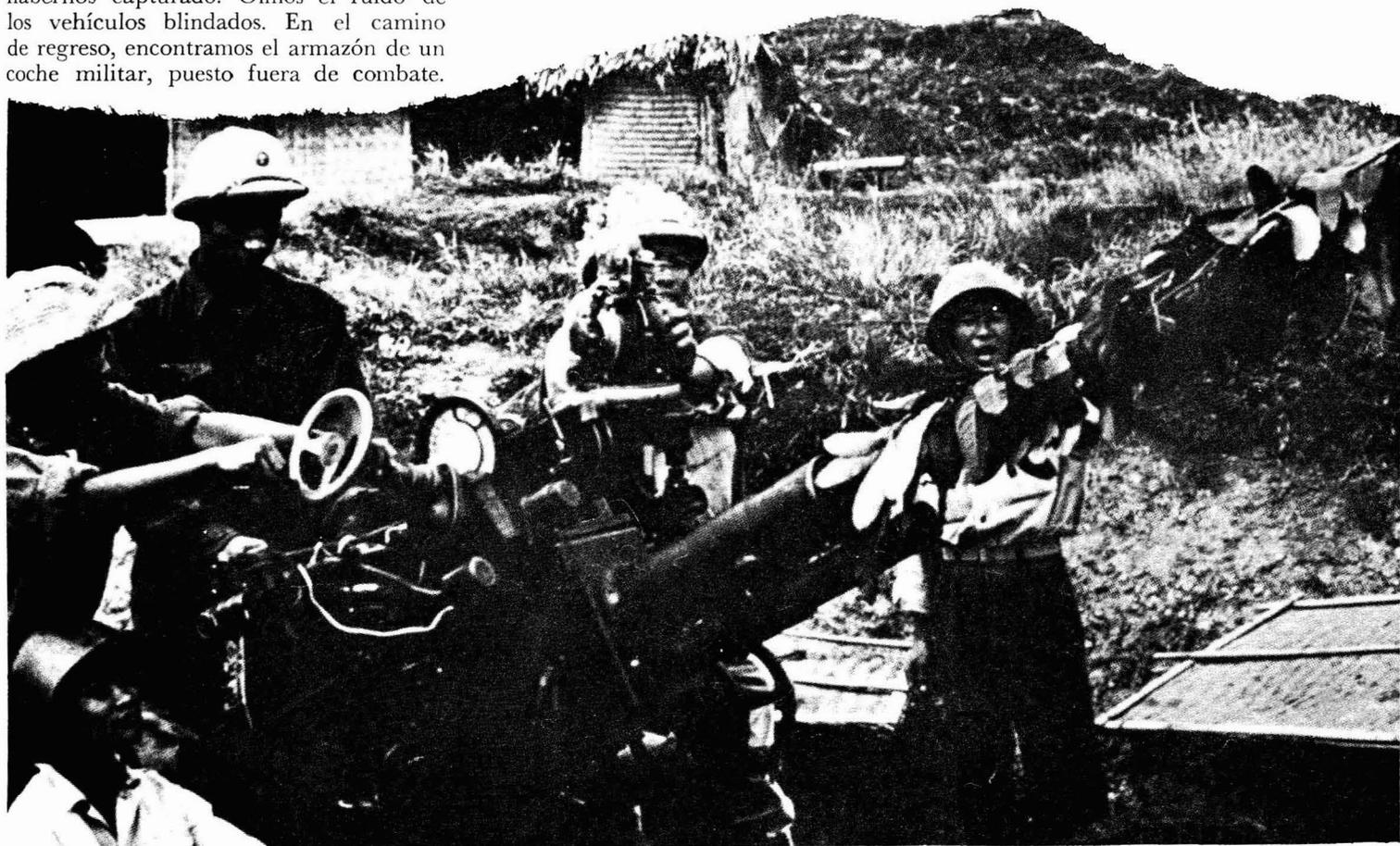
Con nuestros propios medios, atravesamos el paralelo 17 como cualquier corresponsal de guerra. El intento era peligroso, pero queríamos ver los resultados de esta "intervención norteamericana" en la parte meridional de la zona desmilitarizada. Ahí, filmamos los testimonios de los refugiados. Nos hablaron de la destrucción de las aldeas, de la asfixia de los campesinos en los refugios, del transporte a bordo de helicópteros, de la población trasladada hacia el sur. Llegamos a dos kilómetros de un puesto norteamericano. Los soldados de la Fuerza de Liberación Nacional nos detuvieron: ir más lejos hubiera sido muy peligroso. Los norteamericanos podrían habernos capturado. Oímos el ruido de los vehículos blindados. En el camino de regreso, encontramos el armazón de un coche militar, puesto fuera de combate.

Todo era ruinas y devastación. Una tras otra, las aldeas han sido incendiadas, aniquiladas. Nada, o casi nada, queda de las casas, de los adobes, de la paja, de la madera: Los "marines" han utilizado los lanzallamas. Perros famélicos y cubiertos de ceniza, vagan sobresaltados con el ruido de las cámaras. Una vieja, inclinada hacia el suelo, escarba entre los escombros. Ha vuelto, aun a riesgo de perder la vida. Busca arroz. Estaba escondida y esperó a que el fuego se apagara. Nos preguntamos qué hacemos en ese lugar. Informada, busca una nuez de coco, nos la ofrece y

dice: *Sobre todo, digan la verdad sobre lo que nos está pasando.*

La población de la aldea del Norte, donde vivimos, ha acogido a refugiados del Sur; se les reparte de todo: arroz, vestidos, abrigos, casas, como dice nuestro huésped citando un refrán vietnamita: *Las gentes de un mismo país deben sembrar juntas. Las hojas sanas deben cubrir a las hojas lastimadas.* Le hablamos de paz. Para ellos también significa la terminación de la guerra y la unión de las dos partes del país.

Una mañana, cuando se preparaban para un ejercicio de la milicia popular, en el que el tema era: *cómo hacer saltar un coche militar* (era una copia hecha



de lodo y paja), encontré a Duc. Duc es "héroe de tercera clase" del Frente de Liberación de Vietnam del Sur. Tiene nueve años. ¿Qué ha hecho para merecer este título? Un día, vio, cerca de la casa de su abuela, que algunos norteamericanos desmontaban un terreno, para construir una base de helicópteros. Para obtener un metro, Duc debe estirar catorce veces la mano. Inventa un juego que consiste en lanzar un bambú de esta longitud. Sabe, cuando el "juego" ha terminado, que debe alinear trescientas cuarenta y siete veces el bambú entre su casa y el helio-puerto. Por otra parte, entre la casa, y el camino que pasa al norte, debe alinear doscientas cuarenta veces el palo. Tomó las medidas. *En seguida, dice él, di los cálculos a mis "tíos" del ejército y vinieron en seguida con los morteros; veintitrés helicópteros fueron destruidos en tierra.*

En la aldea donde hemos pasado semana tras semana, viven setecientas cuarenta y tres familias: cuatro mil ciento catorce almas. En 1966, cada habitante tenía "derecho" a setenta bombas. Los norteamericanos atacan por todas partes: desde aviones de la VII flota; desde tierra. El peligro es permanente, de día y de noche. Por más increíble que parezca, no se pueden pasar aquí abajo quince minutos en calma. El ruido, sin cesar, viene de todas partes: el ritmo terrible de las granadas, los silbidos de los obuses, la explosión de las bombas que parece el ladrido de una especie de perro electrónico. Los golpes de cañón de la D.C.A. contra los "may bai", estos aviones que la población ha bautizado "Johnson".

Por las calles, en nuestro coche militar, el ruido del motor nos ensordece. No oímos el avión que viene hacia nosotros. Él está ciego y nosotros estamos sordos. Sobre una calle, en alguna parte entre Vinh-Linh y Quang-Binh, nos sucedió lo mismo. Un avión lanzó encima de nosotros, cinco granadas. *Tenemos que huir a toda prisa*, nos dijeron. Lo que cuenta ahora es la valentía y la sangre fría del chofer. Se llamaba Khué. Su reflejo inmediato fue lanzarse hacia adelante. Un "Johnson" seguía al primer avión. Una bomba explotó a cincuenta metros atrás de nosotros. Habíamos ganado.

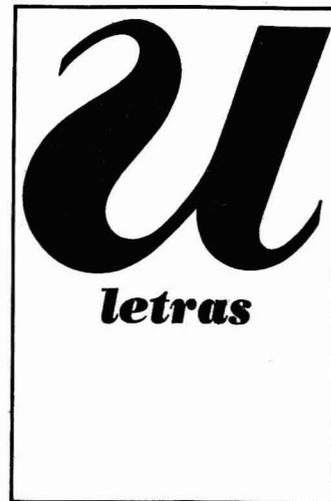
"May bai" ("el avión"), este grito es la señal de alerta en las aldeas. Es un espectáculo asombroso: los artilleros, los campesinos en los campos, los niños, vigilan las acrobacias, la rapidez, el sonido de los aparatos, conocen bien los tipos. Prevén las intenciones de los pilotos y saben dónde van a arrojar las bombas. Bajo tierra —aquí se está siempre bajo tierra—, un oficial de Estado Mayor nos dijo: *Nosotros conocemos a los norteamericanos mejor que ningún otro pueblo.* El armamento, al mismo tiempo que los conocimientos, se han mejorado mucho. Pude medir los cambios desde 1965 cuan-

do rodaba *Le Ciel, la Terre*. Por primera vez en una película, se mostrará un bombardeo del Norte a las posiciones norteamericanas del Sur.

Esta eficacia, este poderío creciente de los vietnamitas, sólo son posibles gracias a las medidas extraordinariamente efectivas de protección a la vida de los hombres que han sido inventadas y sistemáticamente aplicadas. Duermen bajo tierra, ahí descansan, ahí comen, ahí compran, ahí acumulan los víveres, ahí curan a los heridos. Bajo tierra estudian, juegan a las cartas o van al cine. Los actores aficionados, cantan y bailan, lo mismo que trabajan los artesanos, los sastres, los zapateros, evacuados de la población Ho-Xa, totalmente arrasada. Con las piezas recuperadas de los aviones abatidos, los campesinos, bajo tierra siempre, construyen arados.

El refugio es un puesto de combate, todo está puesto al servicio de esta guerra que hay que ganar. Así, esta imprenta subterránea, que tiene una prensa de pedales, tira el periódico del distrito. Dos hombres y dos mujeres lo hacen. En un rincón, un obrero trabaja minuciosamente sobre una tabla. Está inventando un "truco", un medio muy simple destinado a imprimir el periódico a pesar de todo, en caso de un desembarco norteamericano. Podría entonces esconderse más profundamente aún bajo la tierra e imprimir clandestinamente la hoja *Estamos listos, preparados para lo peor*, nos dijeron. Sobre el rodillo de metal, se puede leer: *U. S. Navy*, es una pieza de una bomba de la VII flota. En el exterior, hace calor, mucho calor. El viento ardiente que viene de Laos, sopla. Se trabaja al ritmo del adversario; si los aviones vienen temprano, se trabaja tarde. Se teme a la sequía, pero los cráteres, dejados por las bombas, constituyen excelentes recipientes y viveros para las carpas. Otros, han sido llenados por las brigadas de choque de jóvenes campesinos y campesinas que trabajan con palas y horquillas en los agujeros: 10 metros de profundidad en medio de campos de papa dulce. En veinte minutos, y ayudados por el buen humor, el agujero está lleno, entonces vuelven a plantar las papas. Los campesinos del paralelo 17, se aferran a su tierra. No quieren que los norteamericanos les roben un solo metro cuadrado.

Durante estas semanas, no solamente he filmado a los campesinos. He vivido con ellos. Cuando partí para Vietnam del Norte, llevaba conmigo una carta de algunos cineastas franceses dirigida a sus colegas vietnamitas. Decían, en la carta, que deseaban realizar una película de solidaridad con el pueblo vietnamita, *haciendo comprender al espectador que no se trata de una guerra lejana y aislada, sino de una elección entre dos concepciones que cada uno deberá hacer tarde o temprano en su país y en sí mismo.*



Este año de Rubén Darío, que se inició con ceremonias conmemorativas del Centenario de su natalicio —no sólo en países de habla española—, está a punto de concluir, con actos semejantes en los que México se hallará presente.

Aquí, como en la patria de Rubén Darío, al principiar la celebración, hubo de hablarse —cuando se evocó alguna etapa de la vida del poeta— de otros escritores hispanoamericanos con los que él mantuvo relaciones amistosas.

Entre ellos se contó el poeta y prosista Amado Nervo, que fue uno de sus más leales camaradas y sin duda figuró entre aquellos con quienes lo ligaba una amistad muy firme. Colaboraron en publicaciones periódicas del Viejo y del Nuevo Mundo, con mucha frecuencia; coincidieron ambos en sus viajes por tierras de Francia y de España —estuvieron juntos en París y otras ciudades— y había entre ellos afinidades que los aproximaron.

Quienes se hallan en el secreto, por cartas o confidencias de amigos mutuos, saben que Nervo sustituyó a Darío, en algunas colaboraciones, cuando éste, por mala salud, se veía obligado a rogarle que lo reemplazara.

Aun ha llegado a afirmarse que la colaboración, eficaz y anónima, de Nervo, enriqueció con sus contribuciones más de una página de aquellas que aparecieron, sólo con el nombre de Rubén Darío, al describir sus peregrinaciones por España.

A nadie sorprendió, aunque no hubiera penetrado muy adentro en tales relaciones amistosas —que subsistieron hasta el fin de Darío: entre sus manos, el crucifijo obsequiado por Nervo—, la elegía de éste, a raíz del fallecimiento del gran escritor nicaragüense.

De tal elegía —que la mala memoria de un escritor suramericano, atribuyó, en reciente discurso conmemorativo, al mayor de los Machados— lo que más a menudo se cita es aquel estribillo del poema:

"Ha muerto Rubén Darío,  
el de las piedras preciosas".

# Rubén Darío y Amado Nervo

por Francisco Monterde

Indudablemente, la citada frase constituye un acierto de Amado Nervo, al evocar, con esa expresión dolorosa, a su recién muerto amigo y compañero de experiencias literarias.

El segundo verso: “el de las piedras preciosas”, alude al Rubén Darío de la época en que el poeta se preocupaba, sobre todo, por lo suntuario, por los fastuosos detalles de indumentaria.

Es aquel período de su producción poética en el cual influyen más, en la poesía y la prosa de Darío, la pintura de moda en París —los cuadros de Gustavo Moreau—, aparte de aquellas otras fuentes señaladas por Arturo Marasso.

La plástica decadente y la literatura preciosista —además de las observaciones acumuladas por Darío, al hojear catálogos de museos y reproducciones de objetos de arte— influyen tanto en él como en otros poetas modernistas: Julián del Casal, entre ellos.

Mas la recordada frase de Amado Nervo: “el de las piedras preciosas”, resulta a manera de una evocación de otras evocaciones que él había trazado previamente, en torno a Rubén Darío.

La elaboración de esa frase fue lenta y se realizó a lo largo de tres lustros, según acontece con la mayoría de los aciertos que, al cuajar en su forma definitiva, nos sorprenden de pronto, como súbitos hallazgos.

Es ilustrativo —y aleccionador para la prisa de algunos jóvenes—, seguir el proceso de elaboración de la certera frase de Amado Nervo, en otros escritos suyos, ahora recordados apenas.

Desde comienzos del siglo, cuando se realiza aquel viaje inicial de Nervo a Europa, la expresión apunta —en singular aún—, en una de las páginas de *El éxodo y las flores del camino* (1903) que tratan acerca de los escritores.

En esa obra, mixta de prosa y verso, como *Azul...* de Darío, —páginas que Nervo calificaría después de “notas impresionistas”—, el poeta y prosista mexicano escribió, acerca de Rubén: “Éste



del nombre que es una piedra preciosa...”

En tal frase “impresionista” se halla, por consiguiente, el punto de partida del verso que, tras larga elaboración, cristalizaría, pluralizado así:

“el de las piedras preciosas”.

Transcurridos unos años, de retorno en su patria, Amado Nervo iba a colaborar en *Revista Moderna de México*, en cuyas páginas quedó más de una huella perdurable del mismo.

Desde comienzos de 1903, *Revista Moderna* había empezado a publicar una sección titulada “Máscaras” —que Porfirio Martínez Peñalosa va a exhumar, en breve—, la que presidían reminiscencias de otros escritores.

En esas “Máscaras” está presente, entre otros, el recuerdo de Remy de Gourmont, por los *libros de las Máscaras* (1896 y 1898), a su vez, reminiscentes de otras obras que la habían precedido en la literatura no sólo francesa.

La mayoría de las “Máscaras” de *Revista Moderna* está dedicada a escritores mexicanos de la época —según lo recordará Martínez Peñalosa—; pero entre ellas aparecen, también, las de algunos hispanoamericanos y un francés: Mauricio Rollinat.

Los hispanoamericanos incluidos en tal serie fueron José Asunción Silva, Rubén Darío, Manuel Díaz Rodríguez y Leopoldo Díaz: un colombiano, un nicaragüense, un venezolano y un argentino.

La “Máscara” de Rubén Darío —al

frente de la cual se reprodujo, como ilustración, un apunte de *Los raros* que de la edición argentina copió José Juan Tablada, en vez del habitual dibujo de Ruelas—, se debe a Nervo.

Apareció esa “Máscara” en el número de *Revista Moderna* que corresponde a diciembre de 1906. Principia con la mención del precedente citado, del *Éxodo*, para presentar a Darío, en el que Nervo transcribe: “En cuanto a mí, yo quisiera ser un gran topacio, un gran topacio y que la luz del sol me hiriese por todas partes, por todas partes me atravesase, brillase en todas mis facetas. Yo no quisiera ser más que un topacio...”

Amado Nervo agrega: “No hay rincón de América donde su nombre hecho de una gema asiria y una gema judía no resuene con un raro prestigio y con el timbre agudo y misterioso de un heráldico clarín de oro.”

Aquella cita constituye la segunda etapa del recorrido, en la elaboración de la frase que define, certeramente, al gran poeta de Nicaragua.

Diez años más tarde, al extinguirse, en su tierra natal, la vida de Rubén Darío, Amado Nervo traza la poesía elegíaca en la que, síntesis vital del desaparecido, incrusta la expresión apuntada:

“Ha muerto Rubén Darío,  
el de las piedras preciosas.”

La evocación parecerá más clara, a la luz de las frases anteriores: aquella de *El éxodo y las flores del camino*, y la otra de la “Máscara” de *Revista Moderna*.

Acierto indudable del escritor mexicano fue el de pluralizar, en el verso:

“el de las piedras preciosas”,

lo que había escrito, en singular, en dos ocasiones previas, y dar a la expresión, dentro de la elegía, la característica de uno de los aspectos —quizá el más conocido— de Rubén Darío: el lapidario que hace definitivo ese verso de la elegía trazada por Nervo.



# u

## libros

*La teoría general de Keynes. Informes de tres décadas, compilados por Robert Lekachman.* Traducción del inglés de Roberto Reyes. Fondo de Cultura Económica, México, 1967, 358 pp.

No son pocos los que afirman que la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de John Maynard Keynes, junto con *El origen de las especies* de Darwin y *El Capital* de Carlos Marx, es uno de los libros más significativos de los últimos cien años. Tan profunda es la influencia de Lord Keynes en el pensamiento económico de nuestros días, como intenso el antagonismo que sus teorías han suscitado entre los economistas de este siglo. A treinta años de la publicación del discutido libro, el Fondo de Cultura Económica ofrece al lector la compilación de escritos elaborada por Robert Lekachman en 1964 y en la que se incluyen interesantes trabajos de Austin Robinson, D.G. Champernowne, Gottfried Haberler, Roy Harrod, Alba Lerner, W.B. Reddaway, Paul Samuelson, Jacob Viner y Paul Sweezy, que comentaron a su debido tiempo la aparición de la Teoría General.

El investigador inglés fue uno de los genios más brillantes de nuestro tiempo; reformador de la economía neoclásica al ponerla en contacto con el mundo real. De hecho, mientras los economistas de

esta escuela se ocupaban en afinar el análisis del equilibrio estático y en elaborar los argumentos adicionales que probaban lo viable del sistema capitalista y su armonía intrínseca, el propio sistema pasaba por transformaciones de gran importancia. A fines del siglo XIX, la primera fase de la industrialización del mundo occidental estaba próxima a completarse. Las consecuencias económicas de la explotación plena de la técnica entonces existente, trajeron como resultado no sólo una tremenda expansión de la industria pesada, un gran incremento de la producción y una revolución en los medios de transporte y comunicación, sino también un cambio de las economías capitalistas. La concentración y centralización del capital hizo avances gigantes; las grandes empresas se adueñaron de la vida económica al eliminar a las medianas y pequeñas negociaciones, convirtiéndose en la base del monopolio y del oligopolio, que son los rasgos

característicos del capitalismo moderno. La penetración occidental en las regiones atrasadas y coloniales no llevó, como se pensaba y decía, los beneficios de la civilización, sino que se tradujo en la opresión y explotación brutal de las naciones subyugadas.

Las marcadas tendencias al estancamiento, a las conflagraciones imperialistas, a las severas crisis políticas —ya atisbadas por Marx desde la mitad del siglo XIX, y posteriormente observadas y analizadas por Hobson, Hilferding, y Rosa Luxemburgo, para no citar sino a los más importantes—, la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión, con sus variadas y prolongadas repercusiones, puso de presente lo ilusorio de la estabilidad, la prosperidad, el progreso social y el crecimiento económico dentro del capitalismo.

Para Keynes, el régimen capitalista en que vivimos tiene, entre otras, una falla fundamental: la desocupación

persistente que, acentuada en las depresiones periódicas de la economía, entraña una grave pérdida de fuerzas productivas, en desmedro del nivel de vida de las masas proletarias. Y esa tendencia a la desocupación crónica, afirma, proviene de la riqueza misma de las grandes comunidades industriales: cuando crece el ingreso de la colectividad, crece también el ahorro, sin que se plantee problema alguno mientras las inversiones aumenten paralelamente. Como no sucede siempre así llega un momento en el cual, a pesar de que el ahorro sigue subiendo, la tasa de interés no desciende en la misma proporción indispensable para estimular las inversiones que la absorben totalmente. De ahí en adelante las inversiones no son suficientes para utilizar todo el ahorro posible. Debe, entonces, provocarse deliberadamente el crecimiento de la inversión hasta que la demanda sea suficiente para absorber toda la oferta que proviene del empleo pleno de las fuerzas productivas.

Para lograr este efecto los bancos centrales deberán seguir una política persistente de descenso del tipo de interés, creando todo el dinero necesario. Como esta política podría en muchas ocasiones encontrar obstáculos, deberá entonces intervenir el Estado con sus propias inversiones para llenar el vacío que dejen los particulares y asumir ciertos controles que están en manos de la iniciativa privada. Tendrá el Estado que influir sobre la propensión a consumir por medio del sistema impositivo, la tasa de interés y, llegado el caso, la misma socialización de las inversiones (pero no la producción).

Una vez superado el problema de la desocupación sólo restará, según el pensador inglés, corregir el inequitativo reparto de la riqueza. La fórmula que propone es muy simple: cuanto menor sea el ahorro en las clases más poderosas económicamente, tanto más intensamente crecerá el ingreso nacional de un país al aumentar las inversiones, ya que, a juicio de Keynes, el ahorro es un factor de retardo en el desarrollo de la

Arnold y Philip Toynbee

## Disneylandia \*

P.: ¿Hablaste alguna vez con los verdaderos matamoros? ¿Con alguno de los generales del Pentágono?

A.: Te diré: me invitaron una vez a que diera una disertación en el Pentágono en una sala repleta de coroneles del Estado Mayor, y la esposa del entonces Secretario de Guerra se levantó y me atacó porque dije que deberíamos reconocer a China. Era una verdadera matamoros. No tenía por qué estar ahí, creo yo, pero no vacilé en echar su peso, o quizá era el de su marido, en presencia de todos esos distinguidos profesionales. Cuando entré en el despacho del Secretario de Guerra tuve una horrible sensación. Estaba lleno de pequeños modelos de proyectiles hechos de cartón. Estaban desparramados por las mesas y las sillas, por todas partes, y él se deleitaba con ellos... como un niño rodeado de juguetes.

\*

[Diálogo entre dos generaciones / Emecé, p. 177-8]

riqueza colectiva y la formación de capital.

Como anota Paul Baran, la ciencia económica comenzó a tener conocimiento en forma tardía de la nueva situación. Intentando aclarar los determinantes de los cambios a corto plazo en los niveles de producción, empleo e ingreso, la economía keynesiana se encontró frente a frente "con toda la irracionalidad, la notoria discrepancia entre las potencialidades productivas y la producción, que caracterizan al orden capitalista". Sin embargo, la lógica del capitalismo monopolista probó ser mucho más fuerte que lo que Keynes y sus seguidores radicales habían pensado ya que transformó y utilizó sus realizaciones teóricas para propósitos bastante ajenos a sus intenciones. Además, agrega Baran, el "Estado Benefactor", guiado por los cánones de la economía keynesiana y los preceptos de las "finanzas funcionales", ha quedado esencialmente en el papel. La Alemania fascista

fue la que, hasta ahora, ha hecho el uso más amplio de la perspicacia keynesiana, al construir la máquina económica que le permitió desencadenar la Segunda Guerra Mundial.

De los trabajos compilados por Lekachman para rendir homenaje al discutido economista británico reviste suma importancia el escrito por Paul Sweezy. Para éste la escuela de pensamiento a la cual pertenecía Keynes es bastante aislada y parcial y algunos de sus descubrimientos más importantes se daban por sentados en la economía socialista a finales del siglo pasado, cuando los discípulos de Marx sostenían ya debates entre ellos sobre si podría esperarse que el capitalismo entrara en un periodo de depresión crónica o permanente. Por otro lado, no todos los principales problemas del sistema capitalista se incluyen en su obra fundamental: Pasa Keynes por alto el cambio tecnológico y la desocupación tecnológica, "problemas que

figuran como parte integral de la estructura teórica marxista; Keynes trata a la desocupación como síntoma de una falla técnica en el mecanismo capitalista, en tanto que Marx la considera como el medio indispensable por el cual el capitalismo conserva el control sobre el mercado de la mano de obra. Se desentiende por completo de los problemas del monopolio, de su efecto deformador sobre la distribución del ingreso y la utilización de los recursos, del gran aparato parasitario de distribución y publicidad que arroja sobre la economía". Y el más notable de todos: el hábito de Keynes de tratar al Estado como un *Deus ex machina* que se invoca siempre que sus actores humanos, comportándose de acuerdo con las reglas del juego capitalista, caen en un dilema del cual aparentemente no tienen escape. Naturalmente —anota Sweezy—, este intervencionista olímpico "resuelve todo de una manera satisfactoria para el autor y

presumiblemente para el auditorio. El único problema es que el Estado no es un dios, sino uno de los actores que tienen un papel que representar al igual que todos los otros actores".

La parte positiva de la obra de Keynes, en el pensamiento económico occidental, fue la demanda de que el capitalismo se regulara y controlara, en esta época, mediante una autoridad central. Tal autoridad no debería, ni tendría que planear realmente lo que habría de producirse y en qué cantidades, pero sí velar porque la demanda total fuera siempre suficiente para vaciar el mercado a precios remunerativos, y no tan grande que lanzara a los precios en una espiral inflacionaria. Los instrumentos principales de su política deberían radicar en las variaciones de la tasa de interés, *déficit* y *superávit* presupuestarios, obras públicas y una redistribución de los ingresos personales en sentido igualitario.

Su profunda debilidad con-

## Los indios o el remordimiento de un solo hombre

por Beatriz Bueno

*Los indios de México*, en una elegante y a su modo económica edición, permitirá al público lector acercarse, en dos tomos, a los problemas de una de las poblaciones marginales más numerosas del país. Los indígenas vivos son unos 4 millones en las cifras oficiales, menos del 10% de nuestra población total. Varias instituciones se han dedicado a la labor de conocerlos. Algunas de ellas, formadas en la mayoría de los casos por antropólogos de las diversas especialidades, tienen un carácter académico y sus investigadores se limitan (debe ser así), tras largos estudios en el campo y el gabinete, a sintetizar sus observaciones y presentar un trabajo que, en el mejor de los casos, será publicado, con poca premura, en revistas especializadas de escasa circulación. Otras instituciones tratan de proteger y adiestrar, no sin tropiezos, al indio. Pero todas ellas, como Benítez señala, son meros auxiliares aislados para

hacer frente a una realidad nacional violenta, confusa y abigarrada, cuyo tropiezo principal radica en los sistemas de la economía nacional y en el reparto más que parcial y tendencioso de la riqueza. De una de ellas, del Instituto Nacional Indigenista, trata Benítez en casi todos sus libros. Gracias a dicho Instituto ha podido acercarse al problema y escribir estas crónicas del indigenismo.

La actitud frontal y violenta, emocionada y vehemente de Fernando Benítez es la cualidad fundamental de su obra. Cuando nos comunica sus experiencias y sus observaciones la pasión domina al hombre y al estilo. La conciencia social que se ha apoderado de este cronista de lo indígena, lo llena de remordimientos. Él lleva sobre sí el peso nacional de esa culpa. Se enfrenta al infierno y cumple, investigando y escribiendo, su penitencia. El peso de su tarea denunciadora de hechos seculares no se aligera al comunicarla, pues, como Benítez mismo lo sabe, "el etnólogo ha estudiado la situación de un grupo, ha entrevistado la posibilidad de remediarla y cuando al fin su trabajo sale impreso, el éxito académico no compensa en modo alguno la amargura de saber que sus conclusiones han caído en el vacío. El político rara vez toma en cuenta al antropólogo. Por ello, las ciencias sociales son una ocupación de eru-





K. Nkrumah: *Neocolonialismo, última etapa del imperialismo*. Siglo XXI editores. México, 1967. 222 pp.

sistió en que su comprensión estuvo limitada por el capitalismo; formaba parte del sistema existente y lo vio desde dentro. Rara vez salió fuera de él, despreciaba y detestaba a Marx y a toda su manera de pensar debido a una profunda inhibición emocional. Sin embargo, en un sentido, logró alterar la manera de "pensar del mundo en general acerca de los problemas económicos".

—Iván Restrepo Fernández

El abismo que separa a los pueblos desarrollados de los de incipiente desarrollo es un tema que preocupa, aunque por diversas razones, tanto a los dirigentes y estudiosos de uno como de otro sector. En los órdenes nacional e internacional, a través de conferencias y simposios, este problema —cuyas características son de diagnóstico contemporánea— está produciendo una creciente bibliografía, entre la cual se encuentran desde argumentaciones que aluden a la cuestión sin intentar el compromiso de sondear en su etiología, hasta otros que enfatizan sobre determinadas causas que pudieran ser las generadoras de esta situación.

Entre estos últimos podría ubicarse el libro escrito por

el expresidente de Ghana, K. Nkrumah, no mucho antes de que fuera desalojado del poder.

Al margen del propio punto de vista que el lector pueda tener formado respecto de la política internacional, no se puede dejar de reconocer que Nkrumah ha afirmado su tesis no sobre supuestos, sino en elementos concretos y consistentes como los que se desprenden del operar de la alta finanza internacional. Se puede comprobar, entonces, que muy contadas veces puede uno hallarse ante un libro tan denso de contenido, tan documentado como desprovisto de oropeles y en el que campean una claridad de principios, una precisión en la exposición de sus ideas, como no se encuentra con frecuencia en libros de esta naturaleza. De allí que se trata de uno de los trabajos más importantes y efectivos que se hayan realizado en defensa de los pueblos subdesarrollados, víctimas —según define el autor— de la expolia-

ción por el neocolonialismo. En esta obra, que es casi un tratado de economía política del Africa, Nkrumah nos presenta, ya desde el comienzo, una serie numerosa de "amigos" que nos acompañarán durante toda la extensión del libro. Entre ellos, se destacan por su "popularidad" y otras razones por demás conocidas, los Morgan, los Rockefeller, los Oppenheimer y los Patiño. Su contacto, a través de las alusiones permanentes y obligadas, nos irá resultando familiar, y ya estemos en el desierto Sahara o en la City londinense, en el altiplano boliviano o en la capital belga, en las minas de Rodesia o en Wall Street, en el lago Maracaibo o en París, en Indonesia o en Bonn, su presencia será inseparable.

Nkrumah demuestra ser un capacitado cicerone para guiarnos por tan intrincados laberintos de la finanza internacional, obsesiva maraña de intereses que, tejida con sumas fabulosas, recubre todos los continentes. De esta for-

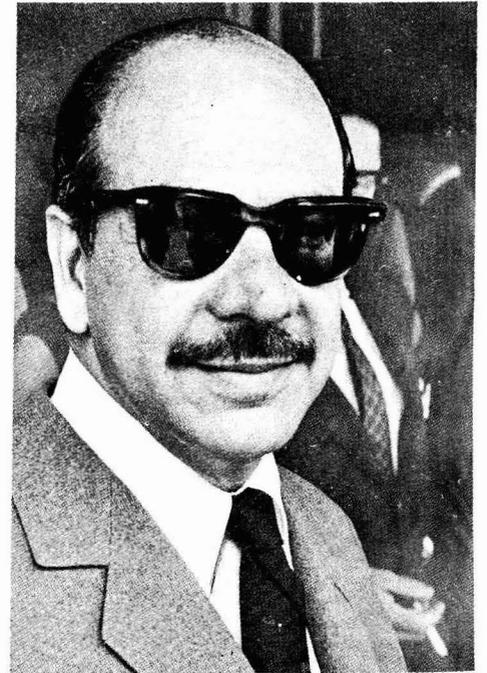
ditos, una elaboración condenada a no llevarse a la práctica". La pretensión de Benítez, no es la del científico, pero comparte con el antropólogo el desaliento respecto de la posible repercusión de su trabajo personal. Aquel silencio que ni siquiera permite escuchar al propio silencio, ese vacío manifiesto que nace casi siempre alrededor de la obra de alguien ha acompañado a Benítez también. ¿De qué le sirve agitarse, anotar, correr, fatigarse si su obra publicada no conducirá a la acción? "Al menos —como dice refiriéndose a la condición del antropólogo— puede transmitir su vergüenza a los otros y la vergüenza, ya se sabe, es un sentimiento revolucionario."

"Una es nuestra actitud por los indios muertos y otra muy distinta nuestra actitud por los indios vivos" asevera Benítez y es apenas justo. Para probarlo nos recuerda que el gasto público que percibe anualmente el mexicano es de 15%, en tanto que el del indio es de un 2%. Como los más distinguidos antropólogos mexicanos han rechazado reiteradamente dedicarse a trabajos de divulgación —posición contraria a la adoptada por los científicos e investigadores en verdad importantes de Europa y los Estados Unidos— las aportaciones de Benítez inician esa tarea de cubrir la carencia del eslabón que ha desprovisto a la Antropolo-

gía en México de un sentido social más amplio; es decir, Benítez viene a ser el lazo de unión entre el investigador y el interés del público no especializado; descuidar a éste no puede dar más fruto que un desconocimiento general del trabajo antropológico; ignorancia que impide la integración de las ciencias sociales dentro de la imagen popular de la cultura nacional. Es en este problema donde Benítez juega un papel de gran importancia.

El indio entra a formar parte de la Historia occidental en el momento del descubrimiento de América y ocupará numerosos volúmenes durante la Conquista. Con el establecimiento de la Colonia el indio comienza a dejar el primer plano hasta prácticamente desaparecer de una Historia narrada por españoles y criollos. El movimiento de Independencia trae aparejada la reaparición histórica del indio, pero ya abolida la esclavitud legal no le queda más que morir en las filas insurgentes sin haber adquirido una clara conciencia de esa lucha. Las Leyes de Reforma tampoco lo benefician. El presidente indio dedica su energía al futuro sin recordar la base indígena de la pirámide nacional.

Porfirio Díaz significó para los indígenas el regreso (¿o debemos decir la



permanencia?) del *status* colonial. Los indios eran la posibilidad, la seguridad de la producción de autoconsumo nacional. México conoce entonces el lamentable y doloroso tránsito de esa agricultura de autoconsumo a la agricultura de exportación. Las industrias extranjeras crecían en la medida en que afinaban su

ma, el autor nos transporta, de la sede de un Directorio a otra —de un continente a otro—, nos presenta a sus directores —que si se trata de la centésima sociedad anónima, veremos que están vinculados incluso hasta con la primera— y nos demuestra con sus datos contables a cuánto ascienden sus siderales ganancias y cuál ha sido el lucro succionado a los países subdesarrollados.

“En 1954-1955 —señala Nkrumah—, cuando la producción de Ghana fue de 223 mil toneladas métricas, las ganancias para 1955 obtenidas de la cosecha de cacao fueron 85 y medio millones de libras esterlinas. Este año, con una producción estimada en 600 mil toneladas, las ganancias externas estimadas llegarán a 77 millones de libras esterlinas. Nigeria ha pasado por una experiencia similar. En 1954-1955 produjo 90 mil toneladas de nueces y recibió por su cosecha 39 y cuarto millones de libras esterlinas. En 1965 se estima

que Nigeria producirá 315 mil toneladas y seguramente recibirá alrededor de 40 millones de libras esterlinas. En otras palabras, Ghana y Nigeria han triplicado su producción de este producto agrícola en particular, pero las ganancias brutas de su venta han bajado de 125 millones a 117 millones de libras esterlinas.”

He ahí el meollo de la cuestión sobre la que se basa la tesis del exmandatario ghanés. Y los ejemplos abundan. Surge del texto que de nada sirve preocuparse por aumentar la producción en esas condiciones, cuando ello significará estar esforzándose por beneficiar exclusivamente a los grandes monopolios internacionales. Éstos, además, como se nota mayormente en los productos minerales o forestales, realizan todo el procesado en plantas industriales de los países desarrollados, para luego venderle estos productos a precios abusivos a los propios países de donde han tomado la materia prima



explotación de los hacendados, los cuales, a su vez, intensificaban su explotación del indígena. La Revolución devora a sus creadores y los indios mueren sin saber, otra vez, por qué. Cárdenas realiza algunas ideas concebidas en la Revolución y el régimen se desplaza del centro a la periferia, pero los sucesores de Cárdenas, en retroceso constante, sofocados por la idea de que se había llegado demasiado lejos, permiten el nacimiento del latifundio financiero.

Y en una nación libre, donde los únicos que permanecen literalmente colonizados son los indios, se presenta la necesidad popular de un héroe, de varios héroes también populares. En la nuestra, nación mestiza, india, criolla, el último héroe nacional es indígena: Cuauhtémoc, cuyos supuestos restos bastaron para provocar la actualización de los de Hernán Cortés. Las necesidades oficiales hicieron que volvieran subrepticamente a su tumba original.

Adviene el descubrimiento del indígena y lo indígena. Culmina en el orgulloso esplendor del Museo de Antropología con estanterías que exhiben lo mejor de su cultura, las *tours* obligadas a nuestras deslumbrantes ciudades fantasmas, los emocionados preparativos de *Luz y sonido* y todo lo que da margen a olvidarnos de los “indios vivos” y de la desvergüenza

del mexicano.

La muralla de que habla Bulnes está en pie y para derribarla será necesario el entendimiento teórico y práctico de los indios y su cultura. Para ayudar en esa tarea Benítez viajó a la Tarahumara.

El primer choque estremece al escritor. El paisaje es extraño y extraños los pobladores. El visitante siente el espacio infinito que lo separa de éstos sus compatriotas. Si el paisaje montañoso, si los bosques y los ríos vistos desde una avioneta le permiten evocar a Goethe, San Juanito, Creel y Bocoyna le ofrecen el golpe brutal de sus derrotados moradores blancos. Luego, Sisoguichi, restos del esplendor misionero jesuita que ahora se contenta con adiestrar a un puñado de niños en algunas artesanías. Nadie sabe ya si adelantan o retroceden.

Guachochi y los gambusinos. Lo que queda de ellos. De los comerciantes (comerciar en todo es el único lema de subsistencia para el blanco de estas regiones), de sus trácalas con los inspectores y fiscales. El fatigoso tedio que lo envuelve todo. La vida gris, la trayectoria de vida a muerte que no tiene el menor asomo de sonrisa ni de felicidad. El mestizo no convive con el indio tarahumara porque trae con él su propia civilización y ante ella el nativo tarahumara se dobla de miedo, abandona los bosques, sus bos-

ques, y se refugia en las cuevas.

Los médicos, los ingenieros, los maestros y algunos indios informan al autor de la vida del pueblo, del hacedor de dioses (que no es indígena) y sus consejas que los explotadores madereros incrementan. Contra todo eso trabajan maestros, médicos y antropólogos bajo la égida del INI. Este Instituto, que para lograr lo que su propia política le dicta tendría que asumir la responsabilidad económica y social implícita a los planes integrales, se limita a llenar una serie de necesidades detectando cuál es la más importante de todas. La labor quedará siempre trunca. A cada paso el lector se sentirá más y más abatido, más y más consciente. Pero no todo está perdido. Cusá-rare vuelve a poder de los indios después de 30 años. Y la paradoja: esos indígenas que viven en la miseria son millonarios, pero el despojo, el abuso, el colonialismo, el burocratismo, la centralización y el robo no les han dejado más patrimonio que el hambre, el alcohol y el suicidio.

Más audaz, *En el país de las nubes*, la Alta y Baja Mixteca, cuyos pobladores fueron los héroes de una gran historia, el autor va más lejos que en sus anteriores trabajos y usando como punto de partida el descubrimiento de la Tumba 7 de Monte Albán, realizado por Alfonso Caso al frente de un grupo de investigadores,

a precios de regalo. Y cabe añadir que esa materia prima la transportan en compañías navieras de las propias sociedades —o vinculadas—, a las cuales se hallan, asimismo, ligadas las empresas de seguros a cargo de la cobertura del riesgo.

De esta manera, concluye Nkrumah, no sirve de mucho la independencia política de los nuevos Estados africanos —aunque considera sólo verdaderamente independiente a Kenia— si no se llega a concretar una auténtica unión continental, con la creación de bancos propios, la complementación de tipo industrial en la que un Estado suministre a otro la fuerza motriz que le falta, la organización coordinada y científica de la producción agrícola, única forma de poder hacer frente a los cárteles y monopolios que ejercen su acción imperialista.

Afirma el autor que la antigua forma de imperialismo, el colonialismo, ha sido sustituida por el neocolonialismo, cuyo resultado es que el capi-

tal extranjero se utiliza para la explotación más que para el desarrollo de las partes menos desarrolladas del mundo y así, bajo el neocolonialismo, aumenta mucho más de lo que disminuye la distancia entre los países ricos y pobres. Añade luego que el neocolonialismo es también la peor forma de imperialismo. Para quienes lo practican, significa poder sin responsabilidad y, para quienes lo sufren, explotación sin desagravio. “De 1959 a 1961, sin tomar en consideración el petróleo —dice Nkrumah—, el nivel general de precios de los productos primarios bajó el 33.1 por ciento, en tanto que los precios de los bienes manufacturados subieron un 3.5 por ciento. En la misma década esto ocasionó una pérdida para los países asiáticos, africanos y latinoamericanos, con base en los precios de 1951 de 41,400 millones de dólares.”

La “ayuda” que los monopolios suministran a través de los gobiernos a los países

subdesarrollados, se ha convertido en el procedimiento de explotación preferido. Pero la política de “guante blanco” no logra ocultar la rapiña, como lo apunta Nkrumah: Las cantidades promedio extraídas por los donantes de los países ayudados, como Ceilán, Indonesia y Camboya, en un año tomado por azar, como puede ser 1961, se estima que ascienden a 5,000 millones de dólares en utilidades, 1,000 millones en intereses y 5,800 millones de moneda no equivalente, o sea, un total de 11,800 millones de dólares extraídos, contra un total de 6,000 millones de dólares que ingresaron en concepto de colaboración.

Ofrece el autor una detallada descripción de las influencias de los monopolios en los conflictos políticos de los Estados africanos. Particularmente ilustrativa resulta en ese aspecto la correspondiente al Congo.

Después de aludir a los distintos métodos que denomina como infiltración ideológica

del imperialismo, por medio de supuestas organizaciones con propósitos solidarios, las publicaciones extranjeras, el sistema de comunicación de masas, etc., Nkrumah concluye sosteniendo que “el peligro para la paz mundial surge, no de la acción de quienes buscan el fin del neocolonialismo, sino de la inacción de los que permiten que continúe. Argüir que no es inevitable una Tercera Guerra Mundial es una cosa, suponer que puede evitarse cerrando los ojos al desarrollo de una situación que probablemente se produzca, es una cuestión completamente distinta”. Palabras de un ex presidente cuando aún se hallaba en el ejercicio del poder.

—Elías Condal



nos ofrece una breve panorámica histórica que logra establecer un violento contraste entre ese pasado de esplendor y la historia actual y cotidiana de los “indios vivos”. Caso ofrece a Benítez datos sobre ese pueblo y su esplendor cultural, su organización teológica, su arquitectura, su escultura, su alfarería, su orfebrería, sobre las influencias a las que se sometieron y los cambios que ellas significaron en su cultura, sobre sus conflictos políticos y los sistemas que implantaron para resolverlos.

Y del mundo de los códices interpretados por don Alfonso hemos de llegar a los días en que la región se mantiene de la venta de sombreros tejidos. Y allí donde lo único que no puede faltar es el maíz y ése falta, el prestigio de brujos y curanderos compite con el de los médicos del Centro Indigenista y es necesario proseguir la conquista idiomática del español y apoyar a los indios en su eterna lucha por las tierras.

Para Benítez, vemos claro, la fuente de información es la realidad misma y no las versiones “arregladas” del cine indigenista ni las interpretaciones poéticas de las mejores muestras de la literatura nacional. Es lo suficientemente agresivo como para desplazarse al sitio e investigar por sí mismo. Su sistema, en un periodista mexicano, es de excepción. Pocos, muy

pocos trabajan con este rigor y este amor a los sujetos de su estudio, ya que por lo general transforman sus superficiales experiencias personales en juicios definitivos o se limitan a cumplir encargos, que suelen estar bien remunerados, con la única consigna de no investigar realmente nada o de aparentar una investigación y llegar a las conclusiones que el que costea la empresa necesita esgrimir como valederas. Es necesario señalar que la diferencia entre la crónica de un periodista y el trabajo de un etnólogo deberá radicar en el rigor interpretativo con que se enfrenten a la realidad que les toca contemplar.

Como un condenado, o más exactamente como ánima en pena, Benítez siguió buscando. En el siguiente volumen de *Los indios de México* nos ofrecerá *Tierra de brujos y Peregrinación a Viricota*. Explica: “Me empecé en equilibrar la denuncia con el documento etnográfico, lo cual me violentaba porque es difícil sentarse en una cabaña y tomar nota sobre el tejido de los cestos o la estructura de los clanes, sabiendo que los informantes tienen hambre y aguardan con ansiedad el día de mercado en que deben enfrentarse a sus crueles compradores los mestizos.” Y al referirse a *Peregrinación a Viricota*, sin asomo de pretensión, nos

comunica sus intenciones: “puede verse como el primer ensayo de un etnólogo.”

Fernando Benítez seguirá penando seguramente, pues según sus propias palabras: “En México siempre es posible dar ese salto hacia atrás y caer en pie en la montaña, en la llanura, en el bosque mágico, en el tiempo de los cazadores y recolectores, en el neolítico.” “Somos —seguiremos siendo— . . . un paraíso de los aventureros y de los antropólogos. Asistimos al espectáculo de una supervivencia, de una petrificación de docenas de culturas, y al espectáculo no menos sorprendente de su desplome silencioso, de su liquidación. Todo ese mundo desaparece, se extingue, pero conserva aún tanta vitalidad interior, ha sido tan importante, ha determinado a tal grado nuestra historia, que su liquidación final aún está lejana.” Y en tanto que esa liquidación no llegue, Benítez sentirá, por encima de su voluntad, la necesidad inaplazable de seguir investigando y denunciando hasta que el tiempo de algún sabio político o iluminado marque la señal definitiva de un cambio. Pensamos que Benítez ya no lo espera y que con la práctica constante de medidas prudentes, se daría por bien servido.

*Los indios de México*. Ediciones Era, Col. Biblioteca Era. México, 1967. 514 pp.

## Fernando Sánchez Mayáns / Te hablo de este silencio

Yo lo sé. El silencio estrangula tu sueño.  
Eso es. El silencio te ahoga  
a través de sus zonas jadeantes. De sus derrumbes quietos.

Tú, que has sido y eres  
un cantante sitial de jocundas palabras.  
Yo te cubro con ellas para verte  
mientras este gas venenoso  
te inunda y te adornece con su amarilla peste cotidiana.

Y yo que sé que eres una fe que enamora  
y bajas a mi piel y le das soluciones a mi lengua.  
Mi lubricada carne siglo veinte te apetece.  
A ti, que eres oculta y quieta para todas las bestias  
y sólo para mí  
mueves el horizonte lento de tus pétalos tibios  
abriéndose cerrándose cerrándose  
como una flor sedienta ante la gracia.

Y yo no sé que canto para aliviarte de este silencio cruel.  
Ni qué líneas apunto para volvernos testimonio.  
Ni lo más pobre, ay, ni mis caricias para tu piel de oro  
han de esfumar esta nube callada de ignominia  
que alrededor de ti triunfante  
se adelgaza de dicha y te circunda  
y te envuelve y te asfixia y te consume.

Estamos atrapados en esta congelada circunstancia  
que se llama el silencio común de cada día.  
Y todo lo demás  
un trágico abandono innumerable.

Pero no obstante tú y yo hablamos  
con un miedo terrible  
a que ese mismo silencio nos responda.

Sólo que yo, éste que algo quiere descifrar,  
el que te ama, yo,

elabora el problema de resolver por qué el silencio.  
Por qué allá afuera.

Por qué tú y yo.  
Por qué el poema.  
(Al contemplarte se me vuelve familiar Berceo,  
o San Juan de la Cruz; la Alcoforado lo mismo que Neruda.)

He aquí una inquietud de asunto delicado:  
¿Cómo apartar tu modelado rostro diferente  
de este close-up violento?  
¿Qué hacer para esconder tu nombre  
en esta interminable selección al desastre?  
En fin, ¿de qué manera preservar tu belleza  
de la senil herencia de las rosas?

Y me pregunto si eres tú la que me guía  
con el mito de un hilo que no existe.  
Tú no me recuperas.  
O si yo, torpe, egoísta, cazador de mentiras,  
¿te restauro como a una antigua virgen estofada  
para luego lucirte en la memoria?

Pero el silencio.  
Y tú y yo, de frente, oyéndolo pasear  
casi junto a la puerta. Casi junto a la dicha.  
El amor usa imágenes borrosas  
y a través del poema los amantes mejor lo reconocen.  
Torturemos las letras  
a ver si así el amor o este silencio  
se revelan más claros a nuestras soledades.

Estoy contigo en la conciencia de nuestra consumación.  
Ya no sé qué decirte ni qué dejar en el papel escrito.  
Se acabaron las canciones espirituales esta noche,  
Ah, si pudiéramos ser sólo una vigilia lúcida.  
Se explicaría este silencio.  
Y nuestro amor sería un recuerdo legítimo  
puesto a resplandecer en la palabra.



Es un error creer que la revolución plástica (y psicológica) que se opera hoy en día deriva sus intenciones de los últimos avances de la ciencia física. En uno de sus más hermosos textos de juventud: *Introducción al método de Leonardo da Vinci* (1894), Paul Valéry señalaba que Lord Kelvin había sustituido el átomo inerte, puntual y anticuado de Boscovich y los físicos de principios del XIX, por un mecanismo ya extraordinariamente complejo, tomado de la trama del éter, que se convierte en una construcción lo bastante perfeccionada para satisfacer las muy diversas condiciones que debe llenar. "Este espíritu —añade Valéry— no hace ningún esfuerzo al pasar de la arquitectura cristalina a la de piedra o hierro; encuentra en nuestros viaductos, en las simetrías de las astas y los cabestrillos de sierra, las simetrías de resistencia que los yesos y los cuarzos ofrecen a la comprensión, al laminado o bien al trayecto de la onda luminosa."

Wolfgang Paalen, a mi juicio, es entre todos los artistas contemporáneos aquel en quien ha encarnado con el mayor rigor

esta manera de ver —de ver en torno y dentro de sí— y el que ha asumido hasta sus últimas consecuencias, a menudo hasta la angustia, el tormento de traducirla. En el estado actual de sus búsquedas podemos dar por forjada esta llave —y forjada en el mejor templado acero del conocimiento, el "pase" que permite, según deseaba Valéry, "circular sin discontinuidad a través de los dominios en apariencia tan distintos del artista y del sabio, de la construcción más poética e incluso más fantástica, a la que es tangible y ponderable. Pienso que nunca se ha hecho un esfuerzo más serio y continuo por *aprender* y volvernos sensible la textura del universo. A la crítica en verdad independiente y ansiosa de apartarse de los caminos trillados no podría proponerse mejor tarea que informar atentamente sobre la evolución de Paalen, tal y como se precipita de su época llamada "cicládica" a su época actual, pasando por su época totémica y que se desprende de sus textos teóricos en la revista *Dyn* que Wolfgang Paalen dirigió en México entre 1942 y 1945.

## Wolfgang Paalen, por André Breton

*Combate de Príncipes Saturninos. 1938*

